

«Vuelva V. otro día.» — «Amigo no me es posible; los tiempos... ya ve V. cómo están los tiempos.» — «Yo hace veinte días que no trabajo.» — «A mí me están debiendo ocho meses de mi viudedad.» — «Yo estoy en enero.» — «Yo en octubre de 35.» — «Pues yo, señores míos (dice el propietario), estoy en diciembre de 1840 para pagar adelantadas las contribuciones, con que si Vds. no me ayudan...»

Otros la toman por diverso estilo... — «Oiga V., señor casero, en esta casa no se puede vivir de chinches; es preciso que aquí ponga cielo raso.» — «Yo quiero que me blanquee V. el cuarto.» — «Yo que me desatasque V. el comun.» — «Yo que me ensanche la cocina.» — «Yo que me baje la buhardilla.»

Mirémosle, pues, regresar á su casa tan lleno el pecho de esperanzas como vacío el bolsillo de realidades, y dedicarse luego profundamente á la lectura del Diario y la Gaceta (porque un propietario debe ser suscriptor nato á ambos periódicos) para instruirse convenientemente de las disposiciones de la autoridad sobre policía urbana, y saber á punto fijo cuándo ha de revocar su fachada, cuándo ha de blanquear sus puertas, cuándo ha de arreglar el pozo, cuándo ha de limpiar el tejado; ó bien para estudiar los decretos concernientes á contribuciones ordinarias y extraordinarias, y calcular la parte de propiedad de que aun se le permite disponer. Veámosle despues consultar los libros forenses, la Novísima Recopilación y los autos acordados (porque un propietario debe ser legista teórico y práctico), con el objeto de entablar juicios de conciliación y demandas de despojo. Escuchémosle luego defender su derecho ante la autoridad (porque el propietario debe tambien ser elocuente), para convencerla de que el medianero debe dar otra salida á las aguas, ó que el inquilino tiene que acudirle con el pago puntual de sus alquileres, cosa que de puro desusada ha llegado á ponerse en duda. Oigámosle mas adelante dirimir las discordias de los vecinos sobre el farol que se rompió, el chico que tiró piedras á la ventana de la otra buhardilla, el perro que no deja dormir á la vecindad, el zapatero que se emborracha, la mujer del sastre que recibe el cortejo, el albañil que apalea á su consorte, el herrador que trabaja por la siesta, la vieja del entresuelo que protege á la juventud, el barbero que cortó la cuerda del pozo, y otros puntos de derecho vecinal, para resolver sobre los cuales es preciso que el propietario tenga un espíritu conciliador, una alma grande, una capacidad electoral, una presencia magestuosa, actitudes académicas, sonora é imponente voz. Por último, veámosle entablar diálogos interesantes con el albañil y el carpintero, el vidriero y el solador, y disputar sobre *panderetes*, y *badajás*, y *crujías*, y *solarones* y *emplomados*, y *rasilllas*, y nos convenceremos de que el propietario tiene que saber por principios todos aquellos oficios, y encerrar en su cabeza todo un diccionario tecnológico; y cuenta, que esto no ha de salvarle de repartir por mitad con aquellos artifices el liquido producto de su propiedad.

Pero en ninguno de los casos arriba dichos ofrece tanto interes al espectador la situacion de nuestro propietario, como en la del acto solemne en que va á proceder á *el alquiler de un cuarto*.

Figurémonos un hombre de cuatro pies, aunque sustentándose ordinariamente en dos, frisando en la edad de medio siglo, rostro apacible, sereno y vigorizado por cierto rosicler... el rosicler que infunde una bolsa bien provista; los ojos vivos, como del que sabe estar alerta contra las seducciones y las estafas; las narices pronunciadas como de un hombre que acostumbra á oler de lejos la falta de pecunia; la frente pequeña, señal de perseverancia; los lábios gruesos y adelantado el inferior, en muestra de grosería y avaricia; las orejas anchas y mal con-

formadas para ser sensibles á los encantos de la elocuencia; y amenizado el resto de su persona con un cuello, toril en diámetro y tan corto de talla, que la punta de la barba viene á herirle la paletilla; con unos hombros atléticos; con una espalda como una llanura de la Mancha; con unas piernas como dos guardacantones; y colocada sobre entre ambas una protuberante barriga, como la muestra de un reloj sobre dos columnas, ó como un caldero vuelto del revés, y colgado de una espetera.

Envolvamos esta fementida estampa en siete varas de tela de algodón, cortada á manera de bata antigua; cubramos sus desmesurados pies con anchas pantuflas de paño guarnecidas de pieles de cabrito; y coloquemos sobre su cabeza un alto bonete de terciopelo azul, bordado de pájaros y de amapolas por las diligentes manos de la señora propietaria. Coloquémosle así ataviado en una profunda silla de respaldo, con la que parece identificada su persona, segun la gravedad con que en ella descansa; haya delante un espacioso bufete de forma antigua, profusamente adornado de legajos de papeles y títulos de pergamino, animales bronceados y frutas imitadas en piedra, manojos de llaves, y padrones impresos; y ataviemos el resto del estudio con un reloj alemán de longanísima caja, un estante para libros, aunque vacío de ellos, dos figuras de yeso, unas cuantas sillas de Vitoria, y un plano de Madrid de colosales dimensiones. Y ya imaginado todo esto, imaginémos tambien que son las ocho de la mañana, y que nuestro casero, despues de haber dado fin á sus dos onzas de chocolate, abre solemnemente su audiencia á los postulantes que van entrando en demanda de la habitacion desalquilada.

—Buenos dias, señor administrador.

—Dueño, para servir á V.

—Por muchos años.

—¿En qué puedo servir á V.?

—En poca cosa. Yo, señor dueño, acabo de ver una habitacion perteneciente á una casa de V. en la calle de... y si fuera posible que nos arreglásemos acaso podria convenirme dicha habitacion.

—Yo tendria en ello un singular honor. ¿Ha visto V. el cuarto? ¿Le han instruido á V. de las condiciones?

—Pues ahí voy, señor casero: yo soy un hombre que no gusta de regatear; pero habiéndome dicho que el precio es de diez reales diarios, paréceme que no estaria de mas el ofrecer á V. seis con las garantías necesarias.

—Conócese que V. gusta de ponerse en razon; pero como cada uno tiene las suyas, á mí no me faltan para haber puesto ese precio á la habitacion.

—Pero ya V. se hace cargo de la calle en que está; si fuera siquiera en la de Carretas...

—Entonces probablemente la hubiera puesto en quince reales.

—Luego, la sala es pequeña y con solo un gabinete; si tuviera dos...

—Valdria ciertamente dos reales mas.

—La cocina oscura y...

—Es lástima que no sea clara, porque entonces hubiera llegado al duro.

—El despacho es pequeño, y los pasillos...

—En suma, señor mío, yo por desgracia solo puedo ofrecer á V. el cuarto tal cual es, y como antes dijo que le acomodaba...

—Sí; pero el precio...

—El precio es el último que ha rentado.

—Mas ya V. ve, las circunstancias han cambiado.

—Las casas no.

—Los sueldos se han disminuido.

—Las contribuciones se aumentan.

—Los negocios están parados.

—Los albañiles marchan.

—¿Con que es decir que no nos arreglamos?

—Imposible.

—Dios guarde á V.

—Dios guarde á V... Entre V., señora.

—Beso á V. la mano.

—Y yo á V. los pies.

—Yo soy una señora viuda de un capitán de fragata.

—Muy señora mía; mal hizo el capitán en dejarla á V. tan joven y sin arrimo en este mundo pecador.

—Sí señor, el pobrecito marchó de Cádiz para dar la vuelta al mundo, y sin duda hubo de darla por el otro, porque no ha vuelto.

—Todavía no es tarde... (¿y V., señora mía, trata de esperarle en Madrid por lo visto?)

—Sí señor; aquí tengo varios parientes de distinción, el conde del Cierzo, la marquesa de las Siete Cabrillas, el barón del Capricornio, y otros varios personajes que no podrán menos de ser conocidos de V.

—Señora, por desgracia soy muy terrestre y no me trato con esa corte celestial.

—Pues como digo á V., mi prima la marquesa y yo hemos visto el cuarto desalquilado, y, lo que ella dice, para tí que eres una persona sola; sin mas que cinco criados... aunque la casa no sea gran cosa...

—¿Y el precio, señora, qué le ha parecido á mi señora la marquesa?

—El precio será el que V. guste, por eso no hemos de regañar.

—Supongo que V., señora, no llevará á mal que la entere, como forastera, de los usos de la corte.

—Nada de eso, no señor; yo me presto á todo... á todo lo que se use en la corte.

—Pues señora, en casos tales, cuando uno no tiene el honor de conocer á las personas con quien habla, suele exigirse una fianza y...

—¿Habla V. de veras? ¿Y yo, yo, doña Meneía Quiñones, Rivadeneira, Zúñiga de Moron, habia de ir á pedir fianzas á nadie? ¿y para qué? ¿para una fruslería como quien dice, para una habitacioncilla de seis al cuarto que cabe en el palomar de mi casa de campo de Chiclana? Como soy, señor casero, que eso pasa ya de incivilidad y grosería, y siento haber venido sola y no haberme hecho acompañar siquiera por mi primo el freire de Alcántara, para dar á conocer á V. quién yo era.

—Pues señora, si V., á Dios gracias, se halla colocada en tan elevada esfera, ¿qué trabajo puede costarla el hacer que cualquiera de esos señores parientes salga por V.?

—Ninguno, y á decir verdad no desearian mas que poder hacerme un favor; pero...

—Pues bien, señora, propóngalo V. y verá cómo no lo estrañan, y por lo demas, supuesto que V. es una señora sola...

—Sola, absolutamente; pero si V. gusta de hacer el recibo á nombre del caballero que vendrá á hablarle, que es hermano de mi difunto, y suele vivir en mi casa las temporadas que está su regimiento de guarnición...

—¡Ay, señora! pues entonces me parece que la casa no la conviene, porque como no hay habitaciones independientes... luego tantos criados...

—Diré á V.; los criados pienso repartirlos entre mis parientes, y quedarme solo con una niña de doce años.

—Pues entonces ya es demasiado la casa, y aun pareceme, señora, que la conversacion también.

A este punto llegaban de ella, cuando entra el criado con una esquila de un amigo rogando á nuestro casero que no comprometiera su palabra, y reservase el cuarto para unos señores que iban á llegar

á Madrid: con esta salvaguardia, el propietario despacha á la viudita, pero sigue recibiendo á los que vienen despues; entre ellos un empleado, de quien el diestro propietario se informa cuidadosamente sobre el estado de las pagas, y compadeciéndose con el mayor interes de que todavía le tuviesen en enero, le despacha con la mayor cordialidad; despues acierta á entrar un militar que con aire de campaña reclama la preferencia, y á las razones del casero responde con amenazas, de suerte que este hace la resolución de no alquilarle el cuarto, por no tener que sostener un desafío mensual; mas adelante entra un hombre de siniestro aspecto y asendereada catadura, que dice ser agente de negocios y vivir en un cuarto cuarto (vulgo buhardilla), despues entra una vieja que quiere la habitacion para subarrendarla en detalle á cinco guardias de Corps; mas adelante entra un perfumado caballero que lo pide para una joven huérfana y se compromete á salir por fiador de ella, y aun á poner á su nombre el recibo; mas allá se presenta otra señora acompañada de dos hermosas hijas que arrastran blondas y rasos, y cubren sus cabezas con elegantes prendidos, y tocan el piano, segun parece, y bailan que es un primor; «y tan virtuosas y trabajadoras las pobrecitas (dice la mamá), que todo esto que V. ve lo adquieren con su trabajo, y nada nos falta, bendito Dios.»

—El, señora, premia la laboriosidad y protege la inocencia... mas sin embargo, siento decirles que el cuarto no puede ser para Vds.—

Estando en esto vuelve el criado á decir que el amigo que queria el cuarto ya no le quiere, porque á los señores para quien era, no les ha gustado; —que la otra señora que se convenia á todo, tampoco, porque despues ha reparado que no cabe el piano en el gabinete; —que el militar ha quitado los papeles y dice que el cuarto es suyo, quiera ó no quiera el casero; —que el llamado agente de negocios, al tiempo que lo vió, se llevó de paso ocho vidrios de una ventana, cuatro llaves, y los hierros de la hornilla; —que dos manolas que lo habian visto, habian pintado con carbon un figuron harto obscuro en el gabinete; —que unos muchachos habian roto las persianas y atascado el comun; —y por último (y era el golpe fatal para nuestro casero), que una amiga á quien nada podia negar, queria el cuarto; pero con la condicion de pintárselo todo, y abrir puertas en los tabiques, y poner tabiques en las puertas, y ensolarlo de azul y blanco, y blanquear la escalera, y poner chimenea en el gabinete... en punto á fiadores daba solo sus bellos ojos, harto abonados y conocidos de nuestro Quasimodo; y en cuanto al precio, solo quedaba sobreentendida una condicion, á saber: que fuera este el que quisiera, el casero no se lo habia de pedir, pero ella tampoco se lo habia de pagar.

Asi concluyó este alquiler, sin mas ulteriores resultados que una escena de celosia entre el casero y su esposa, una multa de diez ducados por no haber dado el padron al alcalde á su debido tiempo, y un blanco de algunas páginas en su libro de caja por aquella parte que se referia á la habitacion arriba dicha.

(Agosto de 1857.)

EL ROMANTICISMO

Y LOS ROMANTICOS.

«Señales son del juicio
ver que todos lo perdimos,
unos por carta de mas
y otros por carta de menos.
Lope de Vega.

Si fuera posible reducir á un solo eco las voces todas de la actual generacion europea, apenas cabe

ponerse en duda que la palabra *romanticismo* parecería ser la dominante desde el Tajo al Danubio, desde el mar del Norte al estrecho de Gibraltar.

Y sin embargo (¡cosa singular!) esta palabra tan favorita, tan cómoda, que así aplicamos á las personas como á las cosas, á las verdades de la ciencia como á las ilusiones de la fantasía; esta palabra que todas las plumas adoptan, que todas las lenguas repiten, todavía carece de una definición exacta que fije distintamente su verdadero sentido.

¡Cuántos discursos, cuantas controversias han prodigado los sábios para resolver acertadamente esta cuestión! y en ellos ¡qué contradicción de opiniones! ¡qué estravagancia singular de sistemas!... — «¿Qué cosa es romanticismo?...» — (les ha preguntado el público;) y los sábios le han contestado cada cual á su manera. Unos le han dicho que era todo lo ideal y romanesco; otros por el contrario, que no podía ser sino lo escrupulosamente histórico; cuáles han creído ver en él á la naturaleza en toda su verdad; cuáles á la imaginación en toda su mentira; algunos han asegurado que solo era propio á describir la edad media; otros le han hallado aplicable también á la moderna; aquellos le han querido hermanar con la religión y con la moral; estos le han echado á reñir con ambas; hay quien pretende dictarle reglas; hay por último, quien sostiene que su condición es la de no guardar ninguna.

Dueña, en fin, la actual generación de este pretendido descubrimiento, de este mágico talisman, indefinible, fantástico, todos los objetos le han parecido propios para ser mirados al traves de aquel prisma seductor; y no contenta con subyugar á él la literatura y las bellas artes, que por su carácter vago permiten mas libertad á la fantasía, ha adelantado su aplicación á los preceptos de la moral, á las verdades de la historia, á la severidad de las ciencias, no faltando quien pretende formular bajo esta nueva enseñanza todas las estravagancias morales y políticas, científicas y literarias.

El escritor osado, que acusa á la sociedad de corrompida, al mismo tiempo que contribuye á corromperla mas con la inmoralidad de sus escritos; el político, que exagera todos los sistemas, todos los desfigura y contradice, y pretende reunir en su doctrina el feudalismo y la república; el historiador, que poetiza la historia; el poeta que finge una sociedad fantástica y se queja de ella porque no reconoce su retrato; el artista, que pretende pintar á la naturaleza aun mas hermosa que en su original; todas estas manías que en cualesquiera épocas han debido existir y sin duda en siglos anteriores habrán podido pasar por estravíos de la razón ó debilidades de la humana especie, el siglo actual, mas adelantado y perspicuo, las ha calificado de *romanticismo puro*.

«La necesidad se pega» ha dicho un autor célebre. No es esto afirmar que lo que hoy se entiende por romanticismo sea necesidad, sino que todas las cosas exageradas suelen degenerar en necias; y bajo este aspecto la romántico-manía se pega tambien. Y no solo se pega, sino que al revés de otras enfermedades contagiosas que á medida que se transmiten pierden en grados de intensidad, esta, por el contrario, adquiere en la inoculación tal desarrollo, que lo que en su origen pudo ser sublime, pasa despues á ser ridículo; lo que en unos fue un destello del genio, en otros viene á ser un ramo de locura.

Y hé aquí por qué un muchacho que por los años de 1814 vivía en nuestra córte y su calle de la Reina, y era hijo del general francés *Hugo*, y se llamaba *Victor*, encontró el romanticismo donde menos podia esperarse, esto es, en el Seminario de nobles; y el picaruelo conoció lo que nosotros no habíamos sabido apreciar y teníamos enterrado hace dos siglos con Calderon; y luego regresó á París, estra-

yendo de entre nosotros esta primera materia, y la confeccionó á la francesa, y provisto como de costumbre con su patente de invención, abrió su almacén, y dijo que él era el Mesías de la literatura, que venía á redimirla de la esclavitud de las reglas; y acudieron ansiosos los noveleros, y la manada de imitadores (*imitatores servum pecus*, que dijo Horacio) se esforzaron en sobrepujarle y dejar atras su exageración y los poetas transmitieron el nuevo humor á los novelistas; estos á los historiadores; estos á los políticos; estos á todos los demas hombres; estos á todas las mujeres; y luego salió de Francia aquel virus ya bastardeado, y corrió toda la Europa, y vino, en fin á España, y llegó á Madrid (de donde habia salido puro), y de una en otra pluma, de una en otra cabeza, vino á dar en la cabeza y en la pluma de mi sobrino, de aquel sobrino de que ya en otro tiempo creo haber hablado á mis lectores; y tal llegó á sus manos que ni el mismo Victor Hugo le conociera, ni el Seminario de nobles tampoco.

La primera aplicación que mi sobrino creyó deber hacer de adquisición tan importante, fue á su propia física persona, esmerándose en poetizarla por medio del romanticismo aplicado al tocador.

Porque (decía él) la fachada de un romántico debe ser gótica, ojiva, piramidal y emblemática.

Para ello comenzó á revolver cuadros y libros viejos, y á estudiar los trajes del tiempo de las Cruzadas; y cuando en un códice roñoso y amarillento acertaba á encontrar un monigote formando alguna letra inicial de capítulo, ó rasguñado al márgen por infantil é inesperta mano, daba por bien empleado su desvelo, y luego poníase á formular en su persona aquel trasunto de la edad media.

Por resultado de estos experimentos llegó muy luego á ser considerado como la estampa mas *romántica* de todo Madrid, y á servir de modelo á todos los jóvenes aspirantes á esta nueva, no sé si diga ciencia ó arte. Sea dicho en verdad; pero si yo hubiese mirado el negocio solo por el lado económico, poco ó nada podia pesarme de ello: porque mi sobrino, procediendo á simplificar su traje, llegó á alcanzar tal rigor ascético, que un ermitaño daría mas que hacer á los *Utrillas* y *Rougets*. Por de pronto eliminó el frac, por considerarle del tiempo de la decadencia, y aunque no del todo conforme con la levita, hubo de transigir con ella, como mas análoga á la sensibilidad de la espresion. Luego suprimió el chaleco, por redundante; luego el cuello de la camisa, por inconexo; luego las cadenas y relojes; los botones y alfileres, por minuciosos y mecánicos; despues los guantes, por embarazosos; luego las aguas de olor, los cepillos, el barniz de las botas, y las navajas de afeitar; y otros mil adminículos que los que no alcanzamos la perfección romántica creemos indispensables y de todo rigor.

Quedó, pues, reducido todo el atavío de su persona á un estrecho pantalon que designaba la musculatura pronunciada de aquellas piernas; una levitilla de menguada faldamenta, y abrochada tenazmente hasta la nuez de la garganta; un pañuelo negro descuidadamente anudado en torno de esta, y un sombrero de misteriosa forma, fuertemente introducido hasta la ceja izquierda. Por bajo de él descolgábanse de entrambos lados de la cabeza dos guedejas de pelo negro y barnizado, que formando un bucle convexo, se introducían por bajo de las orejas, haciendo desaparecer estas de la vista del espectador; las patillas, la barba y el bigote, formando una continuacion de aquella espesura, daban con dificultad permiso para blanquear á dos mejillas lívidas, dos lábios mortecinos, una afilada nariz, dos ojos grandes, negros y de mirar sombrío; una frente triangular y *fatídica*. — Tal era la *vera efigies* de mi sobrino, y no hay que decir que tan uniforme tristura ofrecia no sé qué de sini-

tro é inanimado, de suerte que no pocas veces, cuando cruzado de brazos y la barba sumida en el pecho, se hallaba abismado en sus tétricas reflexiones, llegaba yo á dudar si era él mismo ó solo su traje colgado de una percha; y acontecióme mas de una ocasion el ir á hablarle por la espalda, creyendo verle de frente, ó darle una palmada en el pecho, juzgando dársele en el lomo.

Ya que vió romantizada su persona, toda su atencion se convirtió á romantizar igualmente sus ideas, su carácter y sus estudios. Por de pronto me declaró rotundamente su resolucion contraria á seguir ninguna de las carreras que le propuse, asegurándome que encontraba en su corazon algo de volcánico y sublime, incompatible con la exactitud matemática, ó con las fórmulas del foro; y despues de largas disertaciones vine á sacar en consecuencia que la carrera que le parecia mas análoga á sus circunstancias era la carrera de poeta, que segun él es la que guia derechita al templo de la inmortalidad.

En busca de sublimes inspiraciones, y con el objeto sin duda de formar su carácter tétrico y sepulcral, recorrió dia y noche los cementerios y escuelas anatómicas; trabó amistosa relacion con los enterradores y fisiólogos; aprendió el lenguaje de los buhos y de las lechuzas; encaramóse á las peñas escarpadas, y se perdió en la espesura de los bosques; interrogó á las ruinas de los monasterios y de las ventas (que él tomaba por góticos castillos); examinó la ponzoñosa virtud de las plantas, é hizo esperiencia en algunos animales del filo de su cuchilla, y de los convulsos movimientos de la muerte. Trocó los libros que yo le recomendaba, los Cervantes, los Solís, los Quevedos, los Saavedras, los Moretos, Melendez y Moratines, por los Hugos y Dumas, los Balzaes, los Sands y Souliés; rebutió su mollera de todas las encantadoras fantasías de Lord Byron, y de los tétricos cuadros de d'Arlincourt; no se le escapó uno solo de los abortos teatrales de Ducange, ni de los fantásticos ensueños de Hoffman; y en los ratos en que menos propenso estaba á la melancolía, entreteníase en estudiar la Craneoscopia del doctor Gall, ó las Meditaciones de Volney.

Fuertemente pertrechado con toda esta diabólica erudicion, se creyó ya en estado de dejar correr su pluma, y rasguñó unas cuantas docenas de fragmentos en prosa poética, y concluyó algunos cuentos en verso prosáico; y todos empezaban con puntos suspensivos, y concluían en ¡maldicion!; y unos y otros estaban atestados de figuras de capuz, y de siniestros bultos, y de hambres gigantes, y de sonrisa infernal, y de almenas altísimas, y de profundos fosos, y de buitres carnivoros, y de copas fatales, y de ensueños fatídicos, y de velos transparentes, y de aceradas mallas, y de briosos corceles, y de flores amarillas, y de fúnebre cruz. Generalmente todas estas composiciones fugitivas solian llevar sus títulos tan incomprensibles y vagos como ellas mismas: v. g. ¡¡¡ Qué será !!!— ¡¡¡ No!!!... — ¡ Mas allá!... — Puede ser.— ¿ Cuándo?— ¡ Acaso!... — ¡ Oremus!

Esto en cuanto á la forma de sus composiciones; en cuanto al fondo de sus pensamientos no sé qué decir, sino que unas veces me parecia mi sobrino un gran poeta, y otras un loco de atar; en algunas ocasiones me estremecía al oírle cantar el suicidio ó discurrir dudosamente sobre la inmortalidad del alma; y otras teníale por un santo, pintando la celestial sonrisa de los ángeles, ó haciendo tiernos apóstrofes á la Madre de Dios. Yo no sé á punto fijo qué pensaba él sobre esto, pero creo que lo mas seguro es que no pensaba nada, ni él mismo entendia lo que queria decir.

Sin embargo, el muchacho con estos raptos consiguió al fin verse admirado por una turba de aprendices del delirio, que le escuchaban enternecidos cuan-

do él con voz monótona y sepulcral les recitaba cualquiera de sus composiciones, y siempre le aplaudian en aquellos rasgos mas extravagantes y oscuros, y sacaban copias nada escrupulosas, y las aprendian de memoria, y luego esforzábanse á imitarlas, y solo acertaban á imitar los defectos y de ningun modo las bellezas originales que podian recomendarlas.

Todos estos encomios y adulaciones de pandilla lisonjeaban muy poco el altivo deseo de mi sobrino, que era nada menos que atraer hácia sí la atencion y el entusiasmo de todo el pais. Y convencido de que para llegar al templo de la inmortalidad (partiendo de Madrid) es cosa indispensable el pasarse por la calle del Príncipe, quiero decir, el componer una obra para el teatro, hé aqui la razon por qué reunió todas sus fuerzas intelectuales; llamó á concurso su fatídica estrella, sus recuerdos, sus lecturas; evocó las sombras de los muertos para preguntarles sobre diferentes puntos; martirizó las historias, y tragó el polvo de los archivos; interpeló á su calenturienta musa, colocándose con ella en la region aérea donde se forman las románticas tormentas; y mirando desde aquella altura esta sociedad terrena, reducida por la distancia á una pequenez microscópica, aplicado al ojo izquierdo el catalejo romántico, que todo lo abulta, que todo lo descompone, inflamóse al fin su fosfórica fantasía, y compuso un drama.

¡ Válgame Dios! con qué placer haria á mis lectores el mayor de los regalos posibles, dándoles *in integrum* esta composicion sublime, práctica explicacion del sistema romántico, en que segun la medicina homeopática, que consiste en curar las enfermedades con sus semejantes, se intenta á fuerza de crímenes corregir el crimen mismo! Mas ni la suerte ni mi sobrino me han hecho poseedor de aquel tesoro, y únicamente la memoria, depositaria infiel de secretos, ha conservado en mi imaginacion el título y personajes del drama. Hélos aqui.

¡¡ ELLA!!!... Y ¡¡ EL!!!..

DRAMA ROMÁNTICO NATURAL,

emblemático-sublime, anónimo, sinónimo, tétrico y espasmódico,

ORIGINAL, EN DIFERENTES PROSAS Y VERSOS
EN SEIS ACTOS Y CATORCE CUADROS.

Por.....

(Aqui habia una nota que decia: *Cuando el público pida el nombre del autor*); y seguia mas abajo.

Siglos IV y V.— La escena pasa en Europa y dura cien años.

INTERLOCUTORES.

La mujer (todas las mujeres, toda la mujer).

El marido (todos los maridos).

Un hombre salvaje (el amante).

El Dux de Venecia.

El tirano de Siracusa.

El doncel.

La Archiduquesa de Austria.

Un espía.

Un favorito.

Un verdugo.

Un boticario.

La cuádruple alianza.

El sereno del barrio.

Coro de monjas carmelitas.

Coro de padres agonizantes.

Un hombre del pueblo.

Un pueblo de hombres.

Un espectro que habla.

Otro ídem que agarra.

Un demandero de la Paz y Caridad.

Un judío.

Cuatro enterradores.

Músicos y danzantes.

Comparsas de tropa, brujas, gitanos, frailes y gente ordinaria.

—Los títulos de las jornadas (porque cada una llevaba el suyo á manera de código) eran, si mal no me acuerdo, los siguientes: 1.^a *Un crimen*. — 2.^a *El veneno*. — 3.^a *Ya es tarde*. — 4.^a *El panteón*. — 5.^a *¡Ella!* — 6.^a *¡El!*—y las decoraciones eran las seis obligadas en todos los dramas románticos, á saber: *Salón de baile; Bosque; La capilla; Un subterráneo; La alcoba, y El cementerio*.

Con tan buenos elementos confeccionó mi sobrino su admirable composición, en términos que si yo recordára una sola escena para estamparla aquí, peligraba el sistema nervioso de mis lectores; con que así no hay sino dejarlo en tal punto y aguardar á que llegue día en que la fama nos la trasmita en toda su integridad, día que él retardaba, aguardando á que *las masas* (las masas somos nosotros) se hallen (ó nos hallemos) en el caso de digerir esta comida que él modestamente llamaba *un poco fuerte*.

De esta manera mi sobrino caminaba á la inmortalidad por la senda de la muerte, quiero decir, que con tales fatigas cumplía lo que él llamaba *su misión sobre la tierra*. Empero la continuación de las vigiliias y el obstinado combate de sentimientos tan hiperbólicos, habíale reducido á una situación tan lastimosa de cerebro, que cada día me temía encontrarle consumido á impulsos de su fuego celestial.

Y aconteció, que para acabar de rematar lo poco que en él quedaba de seso, hubo de ver una tarde por entre los mas labrados hierros de su balcon á cierta Melisendra de diez y ocho abriles, mas pálida que una noche de luna, y mas mortecina que lámpara sepulcral; con sus luengos cabellos trenzados á la Veneciana, y sus mangas á lo Maria Tudor, y su blanquísimo vestido aéreo á lo Estraniera, y su cinturón á la Esmeralda, y su cruz de oro al cuello á lo huérfana de Underlach.

Hallábase á la sazón meditando, los ojos elevados al cielo, la mano derecha en la apagada mejilla, y en la izquierda sosteniendo débilmente un libro abierto... libro que segun el forro amarillo, su tamaño y demas proporciones, no podía ser otro á mi entender, que el *Han de Islandia* ó el *Bug-Jargal*.

No fue menester mas para que la chispa eléctrico-romántica atravesase instantáneamente la calle y pasase desde el balcon de la doncella sentimental al otro frontero donde se hallaba mi sobrino, viniendo á inflammar súbitamente su corazón. Miráronse pues; creyeron adivinarse; luego se hablaron; y concluyeron por no entenderse; esto es, por entregarse á aquel sentimiento vago, ideal, fantástico, frenético, que no sé bien cómo designar aquí, si no es ya que me valga de la consabida calificación de... *romanticismo puro*.

Pero al cabo el sugeto en cuestion era mi sobrino, y el bello objeto de sus arrebatamientos, una señorita, hija de un honrado vecino mio, procurador del número, y clásico por todas sus coyunturas. A mí no me desagradó la idea de que el muchacho se inclinase á la muchacha (siempre llevando por delante la mas sana intencion), y con el deseo tambien de distraerle de sus melancólicas tareas, no solo le introduje en la casa, sino que favorecí (Dios me lo perdone) todo lo posible el desarrollo de su inclinacion.

Lisonjérame, pues, con la idea de un desenlace natural y espontáneo, sabiendo que toda la familia de la niña participaba de mis sentimientos, cuando una noche me hallé sorprendido con la vuelta repentina de mi sobrino, que en el estado mas descompuesto y atroz corrió á encerrarse en su cuarto gritando desahoradamente: — ¡Asesino!... ¡Asesino!... ¡Fatalidad!... ¡Maldicion!...

— ¡Qué demonios es esto? — Corro al cuarto del

muchacho; pero habia cerrado por dentro y no me responde; vuelo á casa del vecino por si alcanzo á averiguar la causa del desórden, y me encuentro en otro no menos terrible á toda la familia: la chica accidentada y convulsa, la madre llorando, el padre fuera de sí...

— ¡Qué es esto, señores? ¡qué es lo que hay?

— ¡Qué ha de ser? (me contestó el buen hombre) ¡qué ha de ser? sino que el demonio en persona se ha introducido en mi casa con su sobrino de V... Lea V., lea V. qué proyectos son los suyos, qué ideas de amor y de religion... Y me entregó unos papeles que por lo visto habia sorprendido á los amantes.

Recorrilos rápidamente, y me encontré diversas composiciones de estas de tumba y hachero que yo estaba tan acostumbrado á escuchar al muchacho. En todas ellas venia á decir á su amante con la mayor ternura, que era preciso que se muriesen para ser felices; que se matára ella, y luego él iria á derramar flores sobre su sepulcro, y luego se moriría tambien, y los enterrarían bajo una misma losa... Otras veces la proponia que para huir de la tiranía del hombre («este hombre soy yo», decia el pobre procurador) se escurriese con él á los bosques ó á los mares, y que se irían á una caverna á vivir con las fieras, ó se harían piratas ó bandoleros; en unas ocasiones la suponía ya difunta, y la cantaba el responso en bellísimas quintillas y coplas de pie quebrado; en otras llenábala de maldiciones por haberle hecho probar la ponzoña del amor.

— Y á todo esto (añadia el padre), nada de boda, nada de solicitar un empleo para mantenerla... vea V., vea V.; por ahí ha de estar... oiga V. cómo se esplica en este punto... ahí en esas coplas, seguidillas, ó lo que sean, en la que dice lo que tiene que esperar de él...

Y en tan fiera esclavitud
solo puede darte mi alma
un suspiro... y una palma...
una tumba... y una cruz...

Pues cierto que son buenos adminículos para llenar una carta de dote... no, si no échelos V. en el puchero y verá qué caldo sale... Y no es esto lo peor, continuaba el buen hombre, sino que la muchacha se ha vuelto tan loca como él, y ya habla de fétetros y letanias, y dice que está deshojada, y que es un tronco carcomido, con otras mil barbaridades que no sé cómo no la mato... y á lo mejor nos asusta por las noches despertando despavorida y corriendo por toda la casa, diciendo que la persigue la sombra de yo no sé qué Astolfo ó Ingolfo *el exterminador*; y nos llama tiranos á su madre y á mí; y dice que tiene guardado un veneno, no sé bien si para ella ó para nosotros; y entre tanto las camisas no se cosen y la casa no se barre, y los libros malditos me consumen todo el caudal.

— Sosiéguese V., señor don Cleto, sosiéguese V.

Y llamándole aparte, le hice una esplicacion del carácter de mi sobrino, componiéndolo de suerte que si no lo convencí que podía casar á su hija con un tigre, por lo menos le determiné á casarla con un loco.

Satisfecho con tan buenas nuevas, regresé á mi casa para tranquilizar el espíritu del jóven amante; pero aquí me esperaba otra escena de contraste, que por lo singular tampoco dudo en apellidar romántica.

Mi sobrino, despojado de su lacónico vestido y atormentado por sus remordimientos, habia salido en mi busca por todas las piezas de la casa, y no hallándome, se entregaba á todo el lleno de su desesperacion. No sé lo que hubiera hecho considerándose solo, cuando al pasar por el cuarto de la criada, hubo sin duda esta de darle á conocer por algun suspiro que un ser humano respiraba á su lado. (Se hace

preciso advertir que esta tal moza era una moza gallega, con mas bellaquería que cuartos y mas cuartos que peseta columnaria, y que hacia ya dias que trataba de entablar relaciones clásicas con el señorito.) La ocasion la pinta calva, y la gallega tenia buenas garras para no dejarla escapar; así es que entreabrió la puerta y modificando todo lo posible la aguardentosa voz, acertó á formar un sonido gutural, término medio entre el graznido del pato y los golpes de la codorniz.

—Señuritu... señuritu... ¿qué diablus tiene?.. Entre y dígalo; si quier una cataplasma para las muelas ó un emplasto para el hígadu...

(Y cogió y le entró en su cuarto y sentóle sobre su cama, esperando sin duda que él pusiera algo de su parte.)

Pero el preocupado galan no respondia, sino de cuando en cuando exhalaba hondos suspiros, que ella contestaba á vuelta de correo con otros descomunales, aderezados con aceite y vinagre, ajos crudos y cominos, parte del mecanismo de la ensalada que acababa de cenar. De vez en cuando tirábale de las narices ó le piuchaba las orejas con un alfiler (todo en muestras de cariño y de tierna solicitud); pero el hombre estátua permanecía siempre en la misma inamovilidad.

Ya estaba ella en términos de darse á todos los diablos por tanta severidad de principios, cuando mi sobrino con un movimiento convulsivo la agarró con una mano la camisa (que no sé si he dicho que era de lienzo choricero del Vierzo), é hincando una rodilla en tierra, levantó en ademán patético el otro brazo y exclamó:

Sombra fatal de la mujer que adoro,
ya el helado puñal siento en el pecho;
ya miro el funeral lúgubre lecho,
que á los dos nos reciba al perecer.
Y en tu semblante la agonía
y la muerte en tus miembros palpitantes,
que reclama dos miseros amantes
que la tierra no pudo comprender.

—Ave María purísima... (dijo la gallega santiguándose). Mal demoniu me lleve si le comprendu... ¡Habrá cermeñu!... pues si quier lechu ¿tien mas que tenderse en ese que está ahí delante, y dejar á los muertos que se acuesten con los difuntos?

Pero el amartelado galan seguia sin escucharla su improvisacion, y luego variando de estilo y aun de metro exclamaba:

¡Maldita seas, mujer!
¿No ves que tu aliento mata?
Si has de ser mañana ingrata,
¿por qué me quisiste ayer?
¡Maldita seas, mujer!

—El malditu sea él y la bruja que lo parió... ¡ingratu! despues que todas las mañanas le entru el chucolate á la cama, y que por él he despreciadu al aguador Toribiu y á Benitu el escaroleru del portal...

Ven, ven y muramos juntos,
huye del mundo conmigo,
ángel de luz,
al campo de los difuntos;
allí te espera un amigo
y un ataúd.

—Vaya, vaya, señoritu, esto ya pasa de chanza; ó V. está locu, ó yo soy una bestia... Váyase con mil demonius al cementeriu ú á su cuarto, antes que empiece á ladrar para que venga el amu y le ate.—

Aquí me pareció conveniente poner un término á

tan grotesca escena, entrando á recoger á mi moribundo sobriño y encerrarle bajo de llave en su cuarto; y al reconocer cuidadosamente todos los objetos con que pudiera ofenderse, hallé sobre la mesa una carta sin fecha, dirigida á mí, y copiada de la *Galería fúnebre*, la cual estaba concebida en términos tan alarmantes, que me hizo empezar á temer de veras sus proyectos y el estado infeliz de su cabeza. Conocí, pues, que no habia mas que un medio que adoptar, y era el arrancarle con mano fuerte á sus lecturas, á sus amores, á sus reflexiones, haciéndole emprender una carrera, activa, peligrosa y vária; ninguna me pareció mejor que la militar, á la que él tambien mostraba alguna inclinacion; hícele poner una charretera al hombro izquierdo, y le ví partir con alegría á reunirse á sus banderas.

Un año ha trascurrido desde entonces, y hasta hace pocos dias no le habia vuelto á ver; y pueden considerar mis lectores el placer que me causaria al contemplarle robusto y alegre, la charretera á la derecha, y una cruz en el lado izquierdo, cantando perpétuamente zorcicos y rondañas, y por toda biblioteca en la maleta, la ordenanza militar y la *Guía del oficial en campaña*.

Luego que ya le ví en estado que no peligraba, le entregué la llave de su escritorio; y era cosa de ver el oírle repetir á carcajadas sus fúnebres composiciones; deseoso sin duda de probarme su nuevo humor, quiso entregarlas al fuego; pero yo, celoso de su fama póstuma, me opuse fuertemente á esta resolucion, y únicamente consentí en hacer un escrupuloso escrutinio, dividiéndolas, no en clásicas y románticas, sino en tontas y discretas, sacrificando aquellas y poniendo estas sobre las niñas de mis ojos. En cuanto al drama no fue posible encontrarle, por haberle prestado mi sobrino á otro poeta novel, el cual le comunicó á varios aprendices del oficio y estos le adoptaron por tipo, y repartieron entre sí las bellezas de que abundaba, usurpando de este modo ora los aplausos, ora los silbidos que á mi sobrino correspondian, y dando al público en mutilados trozos el esqueleto de tan gigantesca composicion.

La lectura en fin, de sus versos, traje á la memoria del jóven militar un recuerdo de su vaporosa deidad; preguntóme por ella con interes, y aun llegué á sospechar que estaba persuadido de que se habria evaporado de puro amor; pero yo procuré tranquilizarle con la verdad del caso, y era que la abandonada Ariadna se habia conformado con su suerte; item mas, se habia pasado al género clásico, entregando su mano, y no sé si su corazón, á un honrado mercader de la calle de Postas: ¡ingratitude notable de mujeres! Bien es la verdad que él por su parte no la habia hecho, segun me confesó, sino unas catorce ó quince infidelidades en el año trascurrido. De este modo concluyeron unos amores que si hubieran seguido su curso natural, habrian podido dar á los venideros Shakespeares materia sublime para otro nuevo *Romeo*.

(Setiembre de 1857.) (Nota 25.)

EL COCHE SIMON.

I.

Hay en Madrid un Simon
que se alquila... no sé dónde,
y tiene mas aventuras
que Gil Blas ó don Quijote.

Su figura es de caldera,
verde y negro sus colores,

no tiene muelles de Ce,
ni persianas ni faroles;

Ni menos en sus costados
se ostentan empresas nobles,
ni guarnecido pescante
con dobles cifras de bronce.

Modesto en su sencillez,
Holgado en sus dimensiones,
Tan cerca está de cajón
como distante de coche;

Y á no ser por cuatro ruedas
que se mueven, si no corren,
tomáranle por sepulcro
ó babilónica torre.

Arrastran con harta pena
esta máquina deforme
dos mulas que fueron bravas
en mil ochocientos doce.

De la historia de estas mulas
pudiera decir primores,
Mas dejarélo esta vez
para contar la del coche.

Fue primero de un marques
que vino de no sé dónde
á pretender... ¡ feliz siglo!
una venera en la corte.

Esto prueba que las cruces
tan caras eran entonces
como baratas se dan
en estos tiempos que corren.

Llegado que hubo á Madrid
quiso ostentar sus doblones,
que no hay para pretender
como pretender en coche.

Y á falta de los talleres
de Bruselas ó de Londres,
un ambulante artificio
buscó por toda la corte;

A tiempo que un gran maestro
(no le nombran los autores)
daba el último barniz
al recién nacido coche.

Sacóle el marques de pila,
luego sus armas le pone,
campo de plata y dos zorras
trepantes á un alcornoque.

Ufano con tal conquista,
por las calles de la corte
salió á lucir y ostentar
su bolsa y prosapia nobles.

¡ Cielos, á cuántas envidias,
á qué ingratos sinsabores
dió lugar la tal carroza
en nuestro Prado de entonces!

¿ Quién dirá las aventuras,
las intrigas, los honores
que valieron al marques
estos cuatro tablajes?

Por ellos venció á las diosas,
por ellos mandó á los hombres,
por ellos adquirió gota,
ciencia, orgullo y acreedores;

Hasta que en ellos cruzado
y entre estolas y blandones
le llevaron á enterrar,
y pasó al concurso el coche.

II.

«En virtud de providencia
del señor don Juan Quirós,
de esta coronada villa
teniente corregidor;

«En los autos del concurso
del marques de... que finó
por óbito abintestado

y han radicado ante nos

»El infrascrito escribano
que firma esta relacion,
ordena su señoría
que por cuanto el acreedor

»Ha probado su derecho
y la hipotecaria accion
que tiene por mil ducados
al coche que aquel dejó,

»Se le endose y adjudique
en íntegra posesion
la referida carroza
tasada en igual valor.

»Mandó su señoría
en Madrid, y lo firmó
á veinte y cuatro de agosto
de mil ochocientos dos.»

Ya tenemos á mi coche
con nuevo dueño y señor,
un viejo capitalista
bien cuidado y solteron

Que en las campañas de Venus
altos láuros alcanzó;
azote de los maridos,
de las mujeres patron.

Dedicaba por entonces
su sexagenario amor
á una viuda de cuarenta,
doña Tecla de Aibornoz,

Bella tinaja con piernas,
hermoso guardacanton.
¿ Qué don pudiera ofrecerla
un apasionado amor

Como una máquina amiga
que á influjo de bestias dos
imprimiese movimiento
á volúmen tan atroz?

No sabré decir el cómo;
pero ello se celebró
cuádruple alianza entre aquellas;
la señora y el señor.

Y riéndose del mundo,
libres de vientos y sol,
vivieron encadenados
en íntima relacion,

Como una parte del coche,
como en su celda el castor,
el gusano en su capullo,
ó en su concha el caracol.

La muerte que se complace
en destruir con furor
todas las dichas del hombre,
por este tiempo alcanzó

A aquella dulce pareja,
y... ¡ cielos! ¡ en qué ocasion!
cuando no cabiendo ya
dentro del coche su ardor,

Acababan de adornarle
con emblemas de pasion;
dos corazones flechados,
y riéndose el Amor.

— ¡ Jesus! qué extraños emblemas;
llámenme pronto á un pintor
que borre esas heregias
y ponga el santo cordón,
el báculo y el capelo.

y la cruz del Redentor. —
Esto decia el obispo
que aquel coche remató,
é hisopo y agua bendita
aplicaua al interior
para purgar los pecados
que supuso con razon.

Ya que fue purificado,
el muy ilustre señor
subió con sus familiares
á tomar la posesion.

¡Qué vida la que mi coche
por aquel tiempo pasó!
Ni un capellan de las Huelgas
puede contarla mejor.

Una novena á San Gil
y luego á tomar el sol
al paseo de la Ronda
ó al camino de Alcorcon;

O un viajecito hasta Atocha
á visitar al prior,
y luego volverse á casa
al toque de la oracion.

¡Qué vida! vuelvo á decir;
pero aquel tiempo pasó,
y vino otro de cuidados,
de sustos y agitacion.

Un ministro... ¡ay que no es nada!
al obispo sucedió
de aquel histórico coche
en la grata posesion.

Nuevo impulso y movimiento
á sus ejes imprimió,
que estaban entumecidos
por el reposo anterior.

De palacio al ministerio,
desde el Consejo al salon,
desde la audiencia al teatro,
desde el dominio al favor.

¡Pobre coche, que agitado
por el mar de la ambicion
caminas á todos vientos
tras un fantástico honor!

¿Qué se hiciera aquel reposo
que un dia te permitió
saborear de la existencia
el progreso bienhechor?

¿Qué, misero, has alcanzado
en premio de tu ambicion,
sino llegar mas aprisa
al término del favor?

Que mucho brillas, mas dices,
que escuchas de tu patron
altos secretos de Estado
reservados á los dos.

Que todos te reverencian
como á tan alto señor,
y escuchas del que suplica
en torno tuyo la voz.

¡Ay! ¡cuidado! ¿no reparas
en el cielo del favor,
miserable nubecilla
que ve con desprecio el sol?

Pues mirala cuál creciendo
el firmamento ocupó
y roba al astro del dia
su fúlgido resplandor.

Y mira al mortal gusano,
que á su cumbre se ensalzó,
cuál vacila, tiembla, y cae
de la tormenta al furor.

¡Pobre coche! tu menguada
nulidad te defendió,
quedando para testigo
de tu infamia y tu baldon;

Y vino un hombre sin nombre
que tus favores vendió,
y en pago á tus demasias
y ridicula ambicion,

Riéndose á un pueblo entero
por escarnio te entregó,
para que puedas decir

en sentida exclamacion:
¡Aprended, coches, de mi
lo que va de ayer á hoy!

III.

De un anchuroso corral
sobre la menguada puerta
que asienta en el interior
de una súcia callejuela,

En letras greco-romanas
y ortografia caldea,
dice «*Aquí se alquilan coches*»
una envejecida muestra.

Yacen en el interior,
sin guardas y á la inclemencia,
cien carrozas, que otro tiempo
ornaron la córte régia.

Y ora tristes, abatidas
por el tiempo y la miseria,
en un lupanar de coches
lloran su pública afrenta.

Miranse en él confundidos,
sin gerarquia y sin regla,
cien románticas carrozas,
cien clásicas diligencias.

Allí el almagrado coche
que arrastraron seis colleras,
está llorando festines
y soñando en la Alameda.

Allí el bombé vacilante
que dejó el doctor Postema,
reza y murmura aforismos
y latines de receta.

Mas allá hay una berlina
con cifras y otros emblemas,
de uno que fue al hospital
sin zapatos ni calcetas.

Aquí un súcio faeton,
allí una gran carretela,
que fue premio en otro tiempo
de una virtud de Lucrecia;

Y agrupadas á un rincón
se miran cuatro calesas
que á queso y á vino puro
trascienden á media legua.

En tan súcia compañía,
y en situacion tan adversa,
un coche tambien... ¡Dios mio!
(casi no acierta la lengua),

Un coche... ¿si será él?
un coche... sí, el mismo era,
el del marqués, del obispo
del ministro, y doña Tecla.

¡Ay quién fuera Garcilaso
para exclamar: «Dulces Prendas,
aquí por mi mal halladas,»
con lo demas que se deja.

¿Y habrá despues ¡oh fortuna!
quien fie en tu faz risueña,
y no te vuelva la espalda
antes que tú se la vuelvas?

Mas tornemos á mi coche
y dejemos las sentencias,
que dicen bien en un libro
con tal de que no se lea.

En hábito verdi-negro,
como ya descrito queda,
ha trasformado sus galas,
sus timbres y sus preseas;

Y los caballos normandos
en dos mulas peli-negras,
que corrieron há veinte años

todas las ferias manchegas.

Piloto de aquel timen,
sentado en su delantera
un infanzon de Cantabria
tiene en sus manos las riendas.

Un capote franciscano
su tosca persona encierra,
y un sombrero des-alado
metido hasta las orejas.

Cantando está á media voz,
mientras que las ocho suenan
las glorias de Covadonga
por el son de la muñeira;

Y en tanto las pobres mulas
pensando están en que piensan,
y de este pienso mental
se sostienen y alimentan.

Otro animal de dos pies
como el que en la proa asienta,
sube con pena á la popa
y á los tirantes se cuelga.

Con que la tripulacion
queda del todo completa,
dos mulas y dos rocines,
y sumadas, cuatro bestias.

Las ocho suena el reloj,
se abre del corral la puerta,
y en oblicuo movimiento,
y en marcha angustiosa y lenta,

Tiran torcidas las mulas
á impulsos de la correa,
y anunciando un fin cercano
crujen girando las ruedas.

Por las calles de la córte,
y á riesgo de las aceras,
la maquina informe arrastra,
dando á quien la mira pena;

Y entre silbos y reniegos
en menos de una hora llega
á la puerta del letrado
que va á charlar á la Audiencia;

Embarca en él su persona
medio cura y medio enferma,
y saca las doctas mangas
por entrambas portezuelas.

Luego que llega al Consejo,
mientras su derecho alega,
cochero y mozo liquidan
la propina en la taberna,

Con que añaden á su celo
de Yepes azumbre y media,
para hacer mas llevadero
el trabajo de la vuelta.

Despues del pleito, á visitas
con la letrada y su suegra,
cinco chiquillos y una ama,
dos pasantes y una perra.

Vuelta despues al corral;
ya don Timoteo espera
para ir á misa de dos
del Buen-Suceso... á la puerta.

La misa ya se ha acabado;
mas por cuánto la marquesa
al ver á don Timoteo
se siente un poco indispueta.

El, á fuer de hombre gentil,
la ofrece su carretela,
y á fin de tomar el aire
van camino de la Venta.

En vano el pobre Simon
les grita que den la vuelta,
que hace falta en un bautizo
antes de las cuatro y media;

Suéltanle á las cinco, en fin,

toma el paso á media rienda,
y en casa de la parida
á oír maldiciones llega;

Suben en él la madrina,
el padrino, la pasiega,
los hermanos, el autor,
y el chico con falda nueva;

Cien pillos de todo el barrio,
que ha vomitado una escuela,
van corriendo tras el coche;
ya suben en la trasera;

Ya trepan á los estribos;
ya se agarran de las ruedas;
ya gritan: «Señor padrino,
¿cuándo baja la moneda?»

Ya hacen gestos al Simon;
ya al lacayo desesperan,
apoyando sus razones
en alguna que otra piedra.

En tal dia, es de cajon,
va la gente á la comedia,
y el coche hasta media noche
embargan y saborean.

Y en tanto las tristes mulas
guardando siempre la dieta,
y cuando dan vuelta á casa
hasta en su sombra tropiezan.

Otro dia... ¿pero acaso
pretendo que sea eterna
esta triste relacion,
y que en crónica se vuelva?

¿No ha de acabarse jamas?
¿ni cómo narrar pudiera
uno á uno los sucesos
que en sus páginas encierra?

Baste decir que en enero
hay un San Anton, y hay vueltas;
que hay máscaras en febrero
y en Marzo hay Pepes y Pepas.

Que abril encierra una Pascua;
mayo á San Isidro fiesta;
junio noche de San Juan
con fandango y con vihuelas;

Julio ostenta de sus toros
las entretenidas fiestas,
y en agosto Manzanares
brinda con húmeda arena.

Viene setiembre despues
con sus históricas ferias,
y sus fiestas de Pozuelo,
Carabanchel y Vallecas.

Y octubre empieza á mostrar
sus frios y calles puercas;
y noviembre sus difuntos,
diciembre su noche-buena.

Y en todos meses del año
hay cortejos y hay cortejas,
y hay revistas, besamanos,
y hay visitas y hay audiencias;

Y hay tontas á quien se engaña
con una maquina de estas,
y hay jugadores que ganan,
y hay empleados que medran;

Y hay indios de San Lúcar,
y hay sin condados condesas,
y hay nobleza que ostentar,
y hay que encubrir la miseria.

De todos estos primores
puede este coche dar cuenta;
mas por desgracia no sabe
porque carece de lengua.

Yo, viéndole sordo-mudo,
en descargo de su pena
quise atreverme á formar

(puesto que no soy poeta)
en estos clásicos versos
esta clásica leyenda,

á riesgo de que el lector
clásicamente se duerma.

(Octubre de 1857.)



El Coche Simon.

LA ALMONEDA.

«Venus, la diosa de Chipre,
ya es matrona genovesa,
guarismo sabe su niño,
multiplica, suma y resta.»
Góngora.

En la pintoresca galería de caracteres originales que se pasean por el mundo, merece una honorífica mención *don Policarpo de la Transfiguración Omnibus de los Santos*, sugeto singular en quien parecen haberse reunido todas las circunstancias sustanciales de los dos siglos pasado y presente, formando, por decirlo así, un verdadero mosaico de cualidades tan varias y heterogéneas que causarían la desesperación del químico que intentara analizarle.

Allá en sus juventudes fue estudiante, y metió mucho ruido en la universidad, no tanto con la brillantez de sus conclusiones, como con las cuerdas de su guitarra. Andando el tiempo vino á ordenarse de abate, cosa indispensable en aquel entonces para cortejar y bailar el bolero; hasta que cansado de los estudios, renegó del latín y se hizo poeta. Luego

vino la patria á requerir su espada, y combatió valerosamente en todas las acciones que se perdieron; y despues, no pudiendo acostumbrarse á la paz, se abrazó de nuevo con sus antiguos Bártulos, y guerreó en los tribunales con cañones de cisne y balas de papel sellado. Mas adelante aficionado á los viajes, se hizo comerciante, y quebró; y entonces echó coche para evitar que le persiguiesen los acreedores. Por último, se metió á pretendiente, y fue mueble obligado de todas las antenas; y luego que consiguió, hizo que otros frecuentasen la suya. Y en todas estas andanzas fue tres veces casado, y otras tantas acertó á enviudar, heredando por supuesto á sus respectivas consortes; y despues de serlo todo, llegó por fin á no ser nada, que es lo que hay que ser en este mundo, si es que nada sea el hallarse un hombre á los cincuenta de su edad con cara fresca, y humor alegre, y bolsa llena, y salud cumplida, y ninguna obligación, mas que la de todo fiel cristiano.

Ya, en fin, que se vió dueño absoluto de su persona, de sus cuantiosas rentas y de sus veinte y cuatro horas diarias, se consideró por el pronto en aquel extremo de felicidad á que había aspirado. Pero muy

luego empezó á fastidiarse de aquella inaccion, y acostumbrado, como lo estaba toda su vida, á una ocupacion continua, á un agitado movimiento, llegó á mirar su reposo como una parálisis moral, como una muerte prematura. Su inclinacion y su genio natural triunfaron al fin de su conveniencia, renunciando voluntariamente á este y dando rienda suelta á aquellos, en términos que hoy dia es el hombre mas ocupado que conozco; sin embargo de que nadie tenga derecho á ocuparle.

Porque él corre las calles desde que amaneca Dios hasta las altas horas de la noche; y tan pronto se le ve disputando políticamente en un corrillo de la Puerta del Sol, como pidiendo para los pobres del barrio á la puerta de una iglesia; ya sirviendo de testigo en un tribunal; ya defendiendo proyectos en una sociedad literaria; ora poniendo cataplasmas ó dando caldos á un enfermo; ora acompañando á unas señoras en un palco de la ópera.—No hay boda desde la calle de San Anton hasta la de Carretas, desde Aflijidos á las Vistillas, en que él no sea el padrino, ó corra con los contratos, ó componga los versos, ó coma los dulces. Si es entierro, él por fuerza ha de ser el albacea, ó dirigir el inventario, ó presidir el funeral; si bautizo, alquilará los coches, ó imprimirá las esquelas, ó tendrá en la pila al recién-nacido. Todos los ministros que se nombren han de ser por fuerza amigos suyos, y los habrá de felicitar, y les hará recomendaciones, y desde la casa del entrante irá á la del que cayó, y consolará á la señora, y declamará con el señor sobre la injusticia de los hombres. A nadie se puede prender que él no vaya á visitar en el calabozo; si hay

junta de acreedores, él quedará nombrado síndico; si demanda de divorcio, él será el juez árbitro entre ambos consortes; y si juicio de conciliacion, por fuerza una de las dos partes le ha de escoger por *hombre bueno*. Ni puede haber ruptura de amantes que él no componga, ni mudanza de habitacion que él no dirija, ni cofradia en que él no sea mayordomo ó tesorero, ni carga concejil que no le encaje.—¿Se habla del fuego? sucedió casualmente en frente de su casa: ¿se cuenta un asesinato ó una quimera? allí precisamente estaba él. En el patio de las diligencias acude á recibir y despedir á todos los que entran y salen; en la Bolsa es el alma de todas las operaciones; en el Prado está al corriente de todas las intrigas amorosas; en la plaza de toros lleva cuenta de los *puyazos* y de los *volapiés*; en la Alameda ó la Moncloa, dirige todas las comidas de campo, en los desafíos arregla el almuerzo; en el teatro es presidente *nato* de toda comision de aplausos; en las exposiciones de pinturas habla de *formas y coloridos*; en el mercado de caballos á todos los pone su pero; y en las partidas de caza dirige los ojeos, ó cuida de que los perros no se escapen.

Esta multiplicidad de aspectos, esta vitalidad asombrosa, unidas á su carácter determinado, á su ninguna aprension, á su edad respetable, y mas principalmente á la consideracion de su fortuna, han vinculado en él una autoridad tal que no hay cosa sobre que no se atreva á decidir *ex-cátedra*; ni hay reunion que no someta fácilmente á sus opiniones. Si un abogado quiere acreditarse; si una prima donna va á hacer su salida al teatro, si un autor va á publi-



La Almoneda.

car una obra, bien pueden encomendarse á mi hombre, si no quieren pasar incógnitos ó criticados, porque su opinion es la opinion normal de un sin número de admiradores, que si él dice: «¿Fulano, el médico? ¡ valiente majadero! ¡ fue la causa de la muerte de un amigo mio! »—todos repetirán en coro que el médico tal es un asesino; si él asegura que tal comedia es buena, todos se pasmarán aunque no lo en-

tiendan; si afirma que tal ó cual noticia la sabe de buena tinta, la harán pasar por mas de oficio que si estuviese estampada en la Gaceta; y si le diese gana de decir que un libro es malo, huirán de la librería como podrian hacerlo de un lazareto.

Él, en fin, se reproduce en términos que es imposible dar un paso atras ó adelante sin encontrarle; y si toma uno el partido de estarse en casa, allí le ha de ir

á buscar, y aun saliendo de Madrid á viajar, él es el primero que nos hemos de hallar en la diligencia. Y es tan cierto esto, que dias pasados habiendo subido á la torre de Santa Cruz, me pareció desde allí que le veía á un mismo tiempo en la calle de la Montera y en el Prado, y en la plaza de Oriente, y en el Canal, y en la puerta de Toledo, y allí mismo en la torre conmigo, que me asediaba y me perseguía como una aparicion fantástica, inevitable, impasible, semejante á una obstinada pesadilla, ó al ruido sempiterno y monótono de una cascada.

Entre los diversos placeres que (digan lo que quieran) proporciona esta pícaro farsa que llamamos vida, uno de los mayores para mí es la lectura del Diario, operacion obligada que verifico constantemente entre siete y ocho de la mañana con mas escrupulosidad y saboreo que un catador de vinos en los diques de Lón-dres ó en las bodegas afamadas de Jerez. Y si no fuera por los filosóficos *Mementos* de la intendencia de rentas, que cuida de recordarnos á cada paso que nos hemos de convertir en cartas de pago ó en billetes del Tesoro, se pudiera decir muy bien que mi placer era inefable y sin punta alguna de sinasabor. Perdonen los periódicos políticos; pero no puedo menos de decirles que, segun mi opinion, ninguno puede competir en *sustancia* con aquel *sustancioso* papel, y aun si me apuran, no dudaría en asegurar que los mas de los lectores darían de buena gana seis de los artículos que aquellos llaman *de fondo*, por cualquiera de los *de fonda* que amenizan el Diario los domingos.

Todo esto lo digo, no porque venga muy á cuento, sino por tomar ocasion de introducir el mio; y era para servir á Vds. que aquella mañana (una mañana, la que Vds. gusten) caminando viento en popa por el Diario arriba, acerté á tropezar en su página tercera con el anuncio de una *almoneda*... y para mí el segundo placer de esta vida es una almoneda, es decir, una casa donde sin disfraz de ninguna especie se dice. «Aquí todo se reduce á maravéis.»

Verdad es que no teniendo que mudar de habitacion, ni abrir tienda, ni recibir huésped, en rigor nada tenía que comprar; mas sin embargo ¿quién resiste á la tentacion de una almoneda? Un libro curioso, un mueble raro, una tela barata... ¿qué no suele encontrarse allí? Yo por lo menos no soy dueño de dominar mi curiosidad, así que no dejo pasar ocasion; de suerte que todos los prenderos y revendedores de libros viejos me conocen ya, porque ellos y yo somos los primeros que tomamos posesion de todas las almonedas de Madrid.

Y aquel dia tampoco me descuidé, sino que á las nueve en punto, hora marcada en el anuncio, ya estaba yo en la casa de la venta, pugnando por adelantarme á preguntar precios y á apartar todos los objetos que me llamaban la atencion. Y era tal mi entusiasmo, que ilusionado con la rebaja de la tercera parte del precio (uso general en toda almoneda), no reparaba que aquellos mismos objetos los hallaría nuevos en cualquiera tienda, aun con mayor equidad, y que ademas me salian doblemente caros supuesto que no me eran absolutamente necesarios. Yo, en fin, que no sé de música, compré un piano porque me le dieron en un precio arreglado; sin tener caballo, me hice, por lo que yo creía poco dinero, con unas ricas guarniciones; compré cigarros sin fumar, y vino de Arganda embotellado en frascos de *Lafitte*, y barriles de *Madera* con vino de Chinchon; compré algunos tomos sueltos de varias obras, esperando la casualidad de encontrar en otra almoneda los que me faltaban; y sin reparar que no me cabian en toda la casa, compré unos armarios que ni los de la sacristía del Escorial.

De todos estos arrojios míos tuvo la culpa un mal-dito prendero tuerto que siempre me acosaba con la siguiente interpelacion:—«Caballero, ¿lleva V. eso,

¿no?»—Con lo cual, temiendo vérmelo arrebatarse de las manos parecia que me faltaba el tiempo para decir que sí.

Todo se me volvía hojear y cotejar los inventarios puestos sobre las mesas, y correr de la sala al gabinete, y de este á la antesala, y probar anteojos, y mirar cuadros, y abrir y cerrar libros, y dar cuerda á los relojes, y desplegar mapas, y alcanzar muebles, y agruparlos en un rincon, y tomar notas en mi cartera, y...

Estando en esta afanosa ocupacion siento una palmadita en el hombro... alzo la cabeza... ¿y á quién dirán Vds. que vi?—Pues era nada menos que al mismo *don Policarpo Omnibus* en persona... ¡Si era preciso!... Allí estaba tambien él.

—¿Qué traes por aquí, señor Curioso? (porque el amigo tiene tambien esta gracia, que es de los que tutean á todo el mundo).

—No traigo, sino llevo, señor don Policarpo.

—Veamos qué.—Y me sujetó á un escrupuloso exámen de todas mis mercancías, probándome hasta la evidencia que habia dado por ellas el doble de su valor. No contento con esta inhumanidad, me empezó á encajar la historia de aquella casa; y puesto que nada me interesaba, tuve que saber que la causa de la tal almoneda era el haber separado del empleo que tenía al amo de aquellos muebles, habiéndole dado otro en una provincia, á virtud del trasiego general de funcionarios tan frecuente en estos tiempos.

—Era muy amigo mio, añadió, y á decirte la verdad del caso yo solo vengo aquí para averiguar una dudilla...—y al decir esto todo se le volvía entreabrir las cortinillas de la alcoba y lanzar por entre los cristales algunas miradas indiscretas.

Entre tanto que él averiguaba su dudilla, la casa se iba llenando de nuevos compradores, y don Policarpo, flechándoles uno á uno sus lentes, se agarró de mi brazo y no hubo ya forma de verme libre de él.

—A tus pies, Mariquita.

—Hola, perillan ¿tú por aquí?...—¿Y tambien el condecito?... vaya, ya veo que estamos en tierra de amigos... (Como si hubiera alguna tierra incógnita para él).—Mira, Curioso, tú que todo lo cuentas ¿ves aquella pareja exígua y acaramelada que todo lo tiente y nada compra, y se miran á todos los espejos, y él lleva la sombrilla, y ella la bolsa, y él la derecha y ella la izquierda? pues esos son Fulanito y Menganita, esposos de quince dias, que están poniendo casa, y... advierte con qué tierna solicitud el recien marido hace que ella se siente de vez en cuando, sin duda para que no se malogre algun proyecto de paternidad; mira cómo repara en sus ojos, esforzándose á leer en ellos algun antojo, para luego satisfacerlo, de miedo que el muchacho salga con una cornucopia en la frente ó un mapamundi en el enves... Vuelve la cabeza á estotro lado, y repara en ese viejo alto de los anteojos, cómo hojea ese libro para que creamos que entiende el griego; pues ya habrás advertido que no mira mas que las láminas... observa aquel otro martirizando las telas y vestidos... ese es un sastre del teatro que las está convirtiendo ya en su imaginacion en galas de *Semiramis* y de *Tancredo*. ¿Ves aquella dama que ajusta unas espuelas de plata? pues su marido es gotoso de ambos pies. ¿No reparas aquel abogado que carga con la Novisima? pues ya hace veinte años que ejerce sin ella. Pero dejemos esto y vamos á mi negocio... ¿Quieres que veamos el cuarto? porque me parece muy bien para alquilarle para mí...

Y sin darme lugar á responder me arrastró por las piezas interiores, hasta que llegando á un gabinetito cerrado, miró por la ventana, y apartándose un poco, me dijo al oido.—Aquí está mi dudilla... Dió dos golpecitos á la puerta...—¿Quién va?...—Señora, á los pies de V. ¿Da V. permiso para que veamos la habitacion?—No hay inconveniente.

Y se abrió la puerta, y nos dejó ver un precioso retrete ocupado decorosamente por una matrona de treinta y dos, de figura heroica y magnífico continente.

—¡Oh Fulanita! (esclamó al verla don Policarpo) no me engañaba el corazón: ¿cómo? ¿pues no ha acompañado V. á su esposo á su nuevo destino?—Y me apretaba el brazo, y como que se sonreía el maldito al reparar la imprevista turbacion que tal pregunta habia causado á la señora.

—No señor... hay tantas cosas que arreglar... ¡y luego los caminos están tan malos para las damas!...

—Y sobre todo si las damas son del talle de V., no estrañaria yo que acudieran al reclamo todos los saltadores de quince leguas á la redonda.—V. siempre de tan buen humor.—Y V. siempre de tan bella cara...—

A decir la verdad, yo estaba un poco empachado observando mi inutilidad en aquella escena, y por miedo de que los otros dos interlocutores no cayesen tambien en ella, tomé el partido de salirme por los corredores á silbar á los canarios ó coger flores de las macetas; y cuando de allí á pocos minutos sale mi don Policarpo á buscarme, en un estado radiante de alegría... Aquel hombre era otro enteramente... antes todo lo miraba con desden, ahora todo lo compraba por su precio.

—Y no te admires de esto (me decia), me quedo con el cuarto, me quedo con los muebles, y en cuanto á la señora... (porque has de saber que aunque la pregunté por su esposo, bien sabia yo que no lo era, porque hace años que le serví de padrino cuando se casó con una viuda en Goatemala) y...

—¿Con que es decir que se queda V. con la dama tambien? ¿y dígame V., en esa adquisicion ha tenido V. presente la rebaja de la tercera parte de la tasa á estilo de almoneda?

—Anda, socarron, me replicó don Policarpo entre mohino y risueño... Nada tengo que añadirte sino que vuelvas mañana por tus muebles, y yo me quedaré con los míos; en cuanto á los demas, señores (añadió alzando la voz), escusan Vds. de molestarse mas, porque todos los enseres de la casa los he comprado yo.—

Volví en efecto al siguiente dia, y me le encontré ya instalado en su nuevo estudio, que era el mismo gabinete del dia anterior: como tiene confianza conmigo, me hizo sabedor de todas las condiciones de aquel *traspaso*, y aun me añadió que para que la mistificacion fuese completa, tenia ya solicitado el mismo empleo que dejó su antecesor, cosa que no le podia negar el ministro, por ser, como era de pensar, amigo suyo; por lo demás, en la casa nada se habia mudado, sino era un retrato en el tocador de la señora, y un original en su corazón.

(Octubre de 1857.)

HABLEMOS DE MI PLEITO.

•Beatus ille qui procul negotiis.

Horat.

•Dichoso el que de pleitos alejado.

CUANDO la imaginacion se halla afectada de una idea dominante, es en vano el pretender reducirla á ocuparse en otro objeto, pues la menor coincidencia, la mas insignificante expresion, suelen ser causas suficientes para hacer inútiles nuestros esfuerzos, y volvernos á lanzar de nuevo en el agitado círculo de aquella misma idea de que pretendiamos huir.

Hablo por esperiencia propia, y si ya de antemano no estuviera convencido de ello, el suceso presente bastaria á probármelo con rigurosa exactitud.

Despues de haber pasado una noche bien larga y agitada, soñando con lo que suele soñar un litigante, es decir con *mi pleito*, me preparaba á disipar aquellas tumultuosas ideas, borrajando un artículo crítico-burlesco que ofrecer á mis benévolos lectores: pero el diablo (que no duerme) habia estravariado entre mis papeles uno que por el sello real, sus anchas márgenes, y las tres iniciales «M. P. S.» que le encabezaban, reconocí muy luego por uno de los alegatos, el alegato número 62 de mi derecho en el pleito consabido. Y no fue menester mas para que mi imaginacion rebelada de nuevo y dispuesta á no transigir con otra idea, me arrancase violentamente á mis propósitos, lanzándome sin voluntad mia desde el palacio de Momo al santuario de Themis; desde mis libros favoritos á la Guia de Forasteros y al Febrero adicionado; desde la festiva máscara de Talía á la indigesta faz de un escribano.

El compromiso era grande: de un lado el cajista de la imprenta esperando el artículo de costumbres; por otro mi pluma negándose por aquel momento á trazar otras frases que no fuesen las consabidas del *otro-sí* y del *y por qué*; Addison y Labruyère huyendo á todo correr de mi cabeza; la pieza corriente de los autos brindándome con trescientas cincuenta fojas de entretenida lectura; mi memoria llena de trámites judiciales; mi voluntad buscando en vano lances cómicos y observaciones festivas; ¿qué recurso, pues, me quedaba? ¿recurso de apelacion ó de injusticia notoria? Mi escaso entendimiento no halló otro alguno que el de amalgamar si fuese posible aquellas dos ideas; y supuesto que el público reclamaba costumbres, y que mi imaginacion se encastillaba en el foro, probar á escribir un artículo de costumbres del foro, con lo cual tranquilamente, y como por la mano, encontraba la salida de tan grave compromiso. Tomada, en fin, esta resolucion, falta saber si los lectores aceptan el partido... ¿Dicen Vds. que sí?... vaya, pues *hablemos de mi pleito*, casualmente *aquí tengo los papeles*.

Ante todas cosas conviene advertir que yo no soy do aquellos litigantes infatigables que en llegando á agarrar por su cuenta un tantico de auditorio, no estan contentos si no le embocan la historia de su litis, tomando su principio, cuando no desde el pecado de Adán, por lo menos, y en gracia de la brevedad, desde la mismísima arca de Noé. No señor; nada menos que eso: me hago cargo de la razon, y á decir la verdad, ¿qué les importa á los lectores el que yo haya heredado un pleito por parte de un tío materno, el cual tío lo recibió directamente de su padre, y este se hizo cargo de él por via de dote con la blanca mano de mi bisabuela, la cual es fama que ya venia representando en el tal embrollo el derecho y accion de tres generaciones anteriores? ¿qué falta les hace enterarse de que el tal pleito sea sobre propiedad de unas, en otro tiempo viñas, en tierra de Jerez, ni que empezára su sustanciacion (la del pleito, no la de las viñas) en dicha ciudad, y que siguiera en Granada, y que luego viniera á Madrid, y pasara por todos los juzgados posibles (incluso el de Mostrencos), y subdividido en *incidentes* como un drama romántico, ó en *artículos* como las *Escenas Matritenses*, abraza en fin, bajo una misma cuerda las capacidades acumuladas de cuatro alcaldes mayores, dos audiencias, una chancillería y un supremo consejo? ¿Qué les importa, digo, saber que dicho proceso entre *interlocutorias* y *definitivas*, entre *confirmaciones* y *reformas* cuenta ya en su seno hasta catorce sentencias, de las cuales cinco á favor de la contraria, y cinco al mio, amen de otras cuatro á guisa de oráculo ú logogrifo que nadie ha acertado á descifrar? ¿Qué adelantará, en fin, con saber que mientras los autos se robustecen de un modo asombroso con el fecundo raudal de la sabiduría de jueces y abogados; las viñas desaparecieron hace

siglo y medio, y que hoy día la tradición se esfuerza vanamente á conjeturar hácia qué parte, legua mas ó menos, estuvieron plantadas?

Todo esto, á decir la verdad, de poco ó nada aprovecha al lector, y de lo que sí únicamente le conviene enterarse, es de que yo tengo justicia; y esto se lo aseguro yo bajo la fé de mi abogado; el cual me lo asegura á mí bajo la fé de la Novísima Recopilación; fé sin embargo tan voluntariosa y coqueta, que suele no pocas veces hacerme rabiar, empeñándose en favorecer á mi contrario.

Satisfechos ya los oyentes de que uno y otro somos litigantes de buena fé, aunque de poca caridad, resta decir que nuestra obstinación respectiva heredada y adquirida, es tal, que ni que fuéramos partidos políticos, y antes consentiríamos en perder ambos la existencia que acercarnos al menor término de transacción y de acomodo. Nada de eso. — «Perezcan las viñas (dice la contraria) antes que mi derecho.» — «Perezcan las tierras (digo yo) antes que el derecho de mi abuela.»

Y nuestros abogados respectivos, dignos intérpretes de aquellos sentimientos, aplauden y encomian nuestro valor, y nos convencen mas y mas de nuestra justicia (todo por supuesto con su cuenta y razón), y nos esplayan y formulan nuestros derechos, á tanto la hoja; y nos ajustan un memorial cargado de razón, y nos alojan el bolsillo, descargado por ellos de pesetas. Así que lo menos curioso del tal pleito somos las partes, quiero decir, mi contraria y yo, porque solo aparecemos en relación, y nuestro nombre solo sirve de pretexto para hacer resaltar la elocuencia de nuestros respectivos defensores.

El encargado de pensar por mí y de reducir á fórmula lo que dice que yo deseo, es un veterano del foro formado en las aulas salmanticenses, curado en chancillerías y audiencias, cocido luego en concursos y ab-intestatos por todas las escribanías de número de esta heroica villa, y servido despues en menestra de tanteos, moratorias y despojos, en todas las salas de los antiguos consejos y de los modernos tribunales. Déjase por lo dicho inferir lo sabroso que será el manjar de su forense erudición, y si habrá causa, por menguada que sea, que no adquiera en manos de don Simeon Pandectas todos los colores del iris.

«El estilo (dice Montaigne) es el hombre;» y si esta observación es exacta, como yo creo muy bien, pueden echarse á discurrir qué hombrecito será el que escribe por este estilo. — «Y por cuanto los supradichos argumentos bastarían á pulverizar y reducir al silencio cualquiera erizada batería de sofisticas palmenas tras de la que pretenda encastillarse la contraria; y porque, las pruebas en que hoy nos revolcamos, combinadas y puestas en infusión en el luciferero crisol de la sabiduría de V. A., no podrán menos de hacer patente á todas luces del día y de la noche, de presentes y venitorios, el indubitable derecho de mis partes, en formidable contraste con la simulación y mendacioso artificio dispuesto por su mal aconsejado contrincante; y toda vez, en fin, que meu ciento sesenta y dos años que há que acudíó á mi cliente ó sus causantes al templo de la Justicia en denuncia de la detención de que era víctima por parte del precluido N., y atendiendo á que despues del sostenido combate con que demandantes y demandados, tirios y troyanos, han venido sosteniendo el argumento respectivo en el magnífico palenque de las cincuenta y dos piezas de los autos que hoy desentrañamos, aparece, en fin, satisfactoriamente dilucidada la cuestión, y disipadas las densas nieblas, refulgente penetrando el sol de la verdad en las mentes mas acerasas y obtusas. — A. V. A. suplico se sirva por méritos de lo espuesto proveer, resolver y determinar, conforme y en los términos que en el ingreso de este escrito dejo impetrado, y anular y

reformatar las ilegalidades (hablo con la venia) del inferior, como así es de justicia que pido, juro, costas, etc. — Otro sí, digo: que por cuanto en el alegato contrario á que contesto, se sientan expresiones á su fólío 14 vuelto, líneas 16, por manera injuriosas al defensor que suscribe, apellidándole retrógrado y añejo, y á su estilo exótico y gerundense, con otras varias demasías que ponen de manifiesto la juvenil arrogancia y la falta de práctica del letrado contendente: — A. V. A. suplico se sirva mandar que se tilden, borren y tachen supradichas palabras, con los apercibimientos y declaraciones y aditamentos que V. A. en la balanza de su ilustración tenga á bien ordenar, como tambien así procede en terminos legales, etc., etc. — *Licenciado don Simeon Pandectas.* — Honorario por reconocimiento, extracto y alegato, cien ducados.»

El defensor de la contraria es en efecto un jóven de 28, recientemente laureado por la universidad de Alcalá, y tan diferente en genio y estilo del vetusto don Simeon, como se infiere de todos sus escritos, en que todavia respira el sabor declamatorio del aula, y el hiperbólico estilo tribunicio. A las indigestas disertaciones de mi letrado, suele responder él con trozos tan oportunos como el siguiente: — «¿Hasta cuándo, señor, hasta cuándo la contraria abusará de nuestra paciencia? ¿Hasta cuándo el error ocupará el lugar de la verdad, la debilidad ó la ignorancia del de la justicia y la sana razón? ¿Alma virtud! Tú que desde el cielo riges el destino de los mortales que te imploran, rasga ya, rasga el misterioso velo que encubre el derecho de mi defendido, y dinos que á él pertenecen las viñas en cuestión! Abranse, señor, las páginas de la historia, y desde las mas remotas edades veremos el sagrado derecho de propiedad, combatido por los sofisticos argumentos de la envidia; empero las leyes venerandas vuelan por do quier á su socorro. Y para no engolfarnos en los siglos mas remotos, escuchemos únicamente al gran orador del foro, esplayar con este motivo las reflexiones, siguientes. (Aqui transcribía un buen trozo de la oración *Pro domo sua*, y continuaba): Ni se diga, señor, que para huir del caso presente me remonto á los tiempos heroicos y á las legislaciones extrañas, no; para dar la robustez necesaria á mis argumentos, la justicia patria me servirá de apoyo suficiente. Abranse esas Partidas, código venerando de la sabiduría de un gran pueblo, recórranse esos Fueros, y Recopilaciones, y en los tiempos modernos esas copiosas colecciones de decretos y reales órdenes, y se concluirá, etc., etc.» y por aquí iba discurriendo hasta que probaba con los discursos de *Mirabeau* y las coplas de *Juan de Mena*, que las tierras no me pertenecían, y que se me debía imponer perpétuo silencio en materia de viñas.

Pero no son únicamente los dos abogados los personajes que figuran en primer término en el interesante cuadro de mi pleito. Agrúpanse en torno de ellos á la sombra de sus respectivas banderas dos numerosas cohortes de figuras simbólicas, cada una de las cuales representa una gerarquía determinada en el inmenso campo curialense. Los procuradores y agentes: los escribanos de cámara, de número y diligencias; los relatores y agentes fiscales; los pajes de bolsa, alguaciles y porteros; y otra porción de aves menores de esta gran familia plumática, forman vistosa y distinguida comparsa á los dos mantenedores del torneo, ó sea combate, en que mi contrario y yo somos las bellezas rivales, y algunas doradas monedas el noble galardón del vencedor. Allá en el fondo, último término del cuadro, alumbrados por escasa luz, y cobijados bajo magnífico dosel, los jueces del campo dejan adivinar las plateadas frentes, y con voz providencial y fatídica pronuncian el fallo, é interpre-

tan al caso particular las disposiciones generales de la ley.

¡Oh dichosa la edad, y siglos dichosos aquellos en que un sexagenario patriarca sentado en el humilde escaño á la sombra de un olmo, escuchaba las quejas sencillamente espresadas de los demandantes y las contestaciones francas y categóricas de los demandados, y con arreglo á entrambas, y sin mas código que el de la verdad y la sana razon, pronunciaba una palabra de paz y de justicia, y luego los hombres se apresuraban á respetarla, y á dar á cada uno lo que suyo era! Empero por desgracia aquellos siglos pasaron, y vinieron otros de petulancia y de falsia, y las nubes de la ignorancia se agruparon sobre el templo de la ley, y la estatua de la justicia se vió á veces cubierta con el velo del error, y la sofistería ó la mala fé pugaron por estender su dominio en el santuario de la verdad y de la sabiduría. Desde entonces, cual en templo profanado y en ruinas suelen aparecer por entre las anchas grietas de sus murallas los malignos insectos ó las silvestres plantas, viéronse hormiguar en el foro los abusos y los errores, y nacer y alimentarse variedad de alimañas que hicieron temer al hombre justo el acercarse á tan peligroso recinto.

Y porque dejemos el estilo metafórico, y vengamos al material y positivo, figúrate tú, caro lector, que una mañanita temprano te encuentras con la novedad de que mi señora la Discordia se ha entrado de rondón por tus puertas, y que sin parte activa tuya has sido víctima de algun entuerto que en pró de tu interés ó de tu buena fama te conviene enmendar ó desfacer. Tú quisieras; ya se ve! acabar si fuese posible en un minuto con tu competidor (ó sea si te place competidora), y cuando esto no fuera dable, acudir á quien breve y sumariamente te diese la razon, si la tenias, y á tu contrario obligase á dárte la tambien. Cosa es todo esto muy natural y sencilla en teoria; pero el interés (principal móvil que dirige esta máquina mundana) ha llegado á poner en la práctica tales trabas entre la demanda y la sentencia, entre el agravio y el desagravio, que muchas veces la muerte suele encontrar en el camino á los contrincantes y arrebatarles en su torbellino antes de llegar al término deseado.

Y á tal punto llegan las cosas, y tal ha venido á parar la señora justicia en manos de los hombres de letras, que no es para todos el entenderla, y solo á los iniciados en sus misterios (¡los misterios de la verdad!) es dado el penetrar en su oráculo y promover é interpretar sus decisiones para darlas luego á conocer á los profanos á quienes obliga su cumplimiento. Porque los abogados dividen el mundo en dos clases de gentes, á saber, abogados, y no abogados; á la primera regalan la inteligencia; en la segunda suponen el vacío.

Y volviendo al v. g. de tu pleito, lector amigo, has de saber que desde el primer momento que le entables, aparece claramente aquella nulidad de tu persona, sin que te valga para evitarla el ir acompañado de tus respectivos padrinos forenses, porque ellos te harán quedar á la entrada del palenque, y solo ellos penetrarán en el interior, y allí te dejarán el único consuelo de verlos batirse con tus municiones.

Y así es que para presentarte á usar de tu derecho, lo primero que tienes que hacer es llamar á un escribano real, notario de los reinos, para que use de él por tí, porque nada serviría que tú dijases: «Yo, fulano de tal, quiero esto, y digo lo otro, y otorgo lo de mas allá,» si un escribano no da fé de que tú eres tú, y que quieres otorgar ó decir lo que quieres decir y otorgar; que es decirte, que si quieres ser creído en juicio y fuera de él, tienes que hablar por su boca, como pudieras hacerlo por boca de ganso, y dar un poder *amplio, general y bastante, cual de derecho se requiere y es necesario* á fulano ó mengano para que te defienda en el supuesto pleito, etc., con otra multi-

tud de fórmulas todas tan rotundas y eufónicas como estas... «*pida ejecuciones, prisiones, solturas, embargos, desembargos, ventas, trances y remates de bienes...*» «*Tache y contradiga, recuse, jure y se aparte...*» «*Oiga autos y entencias, interlocutorios y definitivas, consienta lo favorable, y de lo adverso apele y suplique, etc., etc...*» Todo esto te hace decir tu escribano, por supuesto en el papel del sello correspondiente, por que tambien desde aquel momento has renunciado á tu papel, por muy bueno que lo gastes, habiendo de trocarle por otro bastante malo; pero que no por eso dejará de costarte á razon de cuarenta maravedis por hoja; y advierte que estas tampoco serán economizadas por los amanuenses, que con sus anchas márgenes y letras gordas parecen tener convenio tácito con la Hacienda nacional.

Luego que hayas otorgado el poder y ejecutado la misteriosa incubacion de tu persona en la persona de tu apoderado desaparecerá aquella, y únicamente quedarás bajo la forma de tu agente de negocios, ó tu *alter ego*, al cual cuidarás de continuar influyendo la vitalidad, suministrándole los correspondientes fondos é instrucciones: pero sobre todo los fondos, porque sin ello te espones á verle convertido en autómatas descompuesto, y solo quiero recordarte lo que con este motivo dice el ingenioso don Ramon de la Cruz:

«Los agentes y relojes
son máquinas delicadas,
que si no se les da cuerda
luego al instante se páran.»

Y ya en los tiempos antiguos el mordaz Góngora (que sin duda habia tenido un pleito) se anticipó á espresar una idea semejante en los siguientes versos:

«Cualquiera que pleitos trata
aunque sea sin razon,
deje el rio Marañon
y entrese en el de la Plata,
que hallará corriente grata
y puerto de claridad.

Verdad»

Mas volviendo al agente, este tampoco se presentará ostensiblemente en representacion de tu derecho, sino que oculto entre telones dirigirá desde allí los movimientos de los actores, regulará su accion, y aplicando á la máquina el necesario combustible, él la hará marchar con la rapidez conveniente, tocando con oportunidad los resortes que se descompongan ó entorpezcan. Por lo demas aparentemente y para *dar la cara* en la cuestion, él sustituirá tu poder en uno de los procuradores del número, que encabezará y firmará tus peticiones y te hará saber su resultado, y correrá del tribunal á la escribanía, y apremiará al contrario, y será apremiado por él, y en *tomas y recibos* (tomando y recibiendo), y en *apremios y terminos* y *rebeldías* y *avisos* te regulará al cabo del año con una minutita de vara y media que habrás de aceptar á la vista.

Ya tienes un representante jurado en el tribunal; ya ha presentado el poder que le autoriza, y el juzgado ha dicho: «*Hásele por parte;*» ya tiene que probar tu demanda; pero hasta esto no alcanza su juicio material ni sus escasas letras; con que tienes precision de valerte de un abogado (y si no lo has por enojo te recomiendo al mio, que ya habrás conocido por el estilo, que es hombre de calibre y de brocha gorda), el cual formulará tu peticion en unos cuantos pliegos de argumentos, y luego la pasará al procurador y este al escribano, el cual la hará presente al tribunal, y el tribunal dirá, «*Traslado á la otra parte,*» y la otra parte no querrá acudir á responderte; y tendrás que acusarle tres *rebeldías* con otros tantos *autos*; y por último se presentará, y luego pedirá tres *términos* para contestar, y al cabo de ellos lo verifica-

rá; y vendrá de nuevo el proceso á manos de tu defensor, que volverá á reproducir lo dicho, y luego al otro, y despues á tí, y mas adelante serás *recibido á prueba*, y se te concederán los ochenta dias de la ley; y ambas partes buscareis testigos, hareis largas informaciones; y despues, cuando el escribano dé cuenta al tribunal, este dirá que lo haga el relator, y este hará nuevo extracto y apuntamiento y relacion, y dirá el tribunal: «*Pase al fiscal*»; y este mandará á su agente fiscal que le diga lo que ha de responder; y luego vuelta á la rueda; y á lo mejor el contrario formará un artículo de *no contestar*, el cual es un pleito aparte (como si dijéramos un episodio del drama); y despues de bien *sustanciado* se reunirá todo á la principal, y por último se llamará á *estrados*, y acudirán los abogados á esforzar sus pulmones, y el presidente tocará la campanilla, y dirá: «*Vistos*»; y os retirareis; y aquella noche no dormirás; y á la mañana siguiente vendrá el paje del relator con una providencia que no entenderás, y tu agente tampoco, y la pasará al abogado, y este no se conformará y *apelará* á la otra sala, y vuelta á la rueda; y despues será confirmada la sentencia, y *suplicarás* de ella; digo, suplicarán tus nietos, porque tú supongo que ya estarás hace años en el otro mundo; y por último, tal vez ganarás el pleito; pero será cuando ya tu derecho se haya convertido en *derechos* de todos aquellos señores que han trabajado por tu cuenta y sin su riesgo, y hallarás que tus viñas (si pleiteas por viñas como yo) se han trasformado en *pedimentos, autos, apremios, tiras, juntas, pases, encomiendas, tomas, llevadas y traídas, firmas, notas, entregas, propinas y papel sellado*, pero en cambio te encontrarás con una *ejecutoria* para tomar posesion de lo que ya no existe; y un proceso en variedad de letras por donde pueden aprender á leer tus biznietos; esto si ganas el pleito, mas si lo pierdes, te quedarás sin todo aquello, mas sin la ejecutoria, y solo podrás usar de la cuerda de los autos, si acaso te viniese gana de acabar dramáticamente tu existencia.

Perdona, caro lector, si la agitacion de mi mente me ha conducido adonde no pensaba: tú por fortuna acaso te hallas libre de este temor; mas para lo sustancial, que es desahogarme contigo, y enterarte de lo que yo debo sufrir como litigante, tanto da que hablemos de mi pleito como del tuyo... ¿Que no le tienes? (me dices) ¡tanto mejor! ¡Dichoso tú que te habrás fastidiado con la lectura de mi artículo, y podrás arrojarle, repitiendo con Horacio: *¡Beatus ille qui procul negotiis!*

(Setiembre de 1837.)

MADRID A LA LUNA.

I.

“En el silencio oscuro su belleza desnuda de afeitadas fantasías le descubre al pintor naturaleza.”
Pablo de Céspedes.

MADRID es para mí un libro inmenso, un teatro animado, en que cada dia encuentro nuevas páginas que leer, nuevas y curiosas escenas que observar. Algunos años van trascurridos desde que cansado de estudiar mentalmente en dicho libro, cedi á la fuerte tentacion de leerle en alta voz, quiero decir, de comunicar al público mis menguadas observaciones; y sin embargo, todavia no encuentro agotada la materia, antes bien los limites del campo que me tracé, cada dia se retiran á mi vista, en términos que primero que el espacio entiendo que han de faltarme las fuerzas para recorrerle.

En esta animada óptica, en este panorama moral,

unas veces me ha tocado contemplar sus cuadros á la brillante luz del sol del medio dia, otras al dudoso reflejo del crepúsculo de la tarde; cuándo embalsamados con el suave ambiente de primavera; cuándo entristecidos por las densas nubes invernales; ya inmensos, agitados y magníficos; ya reducidos á limites estrechos y grotescas figuras.

Pero hasta el dia (lo confieso con rubor) no habia parado la imaginacion en uno de los mas interesantes espectáculos, y estaba muy lejos de sospechar que en aquella misma hora en que apagando mi linterna y cerrando el ventanillo, me entregaba tranquilamente á ordenar en mi memoria cualquiera de las escenas anteriores, la naturaleza pródiga é infatigable me brindaba con una de las mas interesantes y magníficas, esto es, *Madrid iluminado por la luna*.

Si yo fuera partidario de la escuela rancia, no dejaria de empezar aquí mi narracion por un brillante apóstrofe á la señora Diana, con el *¡Oh tú!* de costumbre, y suplicándola que suspendiendo por aquella noche su rato de bureo con el consabido pastorcillo cazador, tuviese á bien prestarme su influjo y su *rayo macilento* para dibujar un cuadro tan pálido y dormilon como ella mi ma.

O bien, siguiendo el moderno estilo, me dejaria de apóstrofes y de deidades paganas, y encaramándome á una altura (la de San Blas por ejemplo) miraria dibujarse en el espacio, y á la luz del astro de la noche, las elevadas cúpulas de la capital; mi imaginacion las prestaria vida, y convirtiéndolas en gigantescos mónstruos, miraríalas

«levantarse, crecer, tocar las nubes,»

y dirigir sus fatídicos agüeros al pueblo incauto que se agitaba á sus pies, y que probablemente seguiria tranquilo su camino sin escucharlas ni entenderlas.

Cualquiera de estos dos extremos prestaria sin duda interes á mi discurso, y convertiria hácia él la atencion de mis oyentes; pero así creo en las visiones fantásticas como en las deidades de la mitología, y eso me dan las metamorfosis de Ovidio como los mónstruos de Victor Hugo; porque en la luna solo tengo la desgracia de ver la luna, y en las torres las torres, y en el pueblo de Madrid una reunion de hombres y de calles y de casas que se llama la *muy noble, muy leal, muy hercásica, imperial, y coronada villa y córte de Madrid*.

II.

LA MEDIA NOCHE.

Hacia ya larga media hora que todos los relojes de la capital sonaban sucesivamente las once de la noche. Los hermosos reverberos (una de las señales mas positivas del progreso de las luces en estos últimos tiempos) iban negando sus reflejos y cediendo al nocturno fanal la alta mision de iluminar el horizonte; por manera que el primer rayo de la luna servia de señal al último destello del último farol; combinacion ingeniosamente dispuesta, que honra sobremanera á los conocimientos astronómicos del director del alumbrado. Los encargados subalternos de esta artificial iluminacion, recogian ya sus escalas y antorchas propagadoras; las tiendas y cafés, entornando sus puertas, despedian políticamente á sus eternos abonados; y los criados de las casas, cerrando tambien sus entradas, dirigian una tácita reconvenccion á los vecinos perezosos ó distraídos. Veíase á algunos de estos llegar apresurados á ganar su mansion antes que la implacable mano del gallego se interpusiese entre ellos y la cena; y llegando á la puerta y encontrándola ya cerrada, daban los golpes convenidos, y el gallego no parecia; y volvían á llamar una vez y otra, y se desesperaban grotescamente, hasta que se oia acercar un ruido compaseado, semejante á los

golpes de un batanó á las descargas lejanas de artillería; y eran los férreos pies del gallego que bajaba, y medio dormido aun, no acertaba la cerradura, y apagaba la luz, y se entablaba entre amo y mozo un diálogo interesante y entre puertas, hasta que en fin, abiertas estas, iba desapareciendo en espiral el rumor de los que subían por la escalera.

Los amantes dichosos habían concluido ya por aquella noche su periódica tarea de suspiros y juramentos, y trocaban el aroma de sus diosas respectivas por el grato olorillo de la ensalada y la perdiz; en el teatro había muerto ya el último interlocutor, y *Norma* se metía en el simón, y *Antony* tomaba su paraguas para irse á dormir tranquilamente, á fin de volverse á matar á la siguiente noche; el celoso amo de casa hacia la cotidiana requisa de su habitación, y se parapetaba con llaves y cerrojos; la esposa discutía con el comprador sobre varios problemas de aritmética referentes á su cuenta; y el artesano infeliz en su buhardilla descansaba tranquilo hasta que viñesen á herir su frente los primeros rayos del sol.

No todo, sin embargo, dormía en Madrid. Velaba el magnate en el dorado recinto de su gabinete, agotando todos los recursos de su talento para llegar á clavar la voluble rueda de la fortuna; velaba el avaro, creyendo al mas ligero ruido ver descubierto su escondido tesoro; velaba el amante, bajo el balcon de su querida, esperando una palabra consoladora; velaba el malvado, probando llaves y ganzúas para sorprender al infeliz dormido; velaba el enfermo, contando los minutos de su agonía, y esperando por momentos la luz de la aurora; velaba el jugador sobre el oscuro tapete, viendo desaparecer su oro á cada vuelta de la baraja; velaba el poeta, inventando situaciones dramáticas con que sorprender al auditorio; velaba el centinela, mirando cuidadosamente á todos lados para dar en caso necesario el alerta á sus compañeros dormidos; velaba el alta deidad en el baile, siendo objeto de mil adoraciones y agasajos: velaba la infeliz escarbando en la basura, para buscar en ella algun resto miserable del festin.

Y sin embargo, en medio de este general desvelo, la poblacion aparecía muda y solitaria; las largas filas de casas eran un fiel trasunto de las calles de un cementerio, y solo de vez en cuando se interrumpía este monótono silencio por el lejano rumor de algun coche que pasaba, por el aullido de un perro, ó por el lúgubre cantar del vigilante, que en prolongada lamentacion exclamaba... *¡Las doce en punto! y... sereno.*

III.

EL SERENO.

No se puede negar que la persona de un sereno considerada poéticamente tiene algo de ideal y romancesco, que no es de despreciar en nuestro prosaico, material y positivo Madrid, tan desnudo de edad media, de góticos monumentos y de ruinas sublimes.

Un hombre que, sobreviniendo al sueño de la poblacion, está encargado de conservar su sosiego, de vigilar su seguridad, de conjurar sus peligros, tiene algo de notable y heróico, que no hubieran desdeñado Walter Scott ni Byron si hubieran vivido entre nosotros. Dejemos á un lado el mezquino interes que sin duda le mueve á abrazar tan importante mision; no por ser recompensado con otro mas alto, deja de ser noble la tarea del defensor armado de la seguridad del país; la del abogado, escudo de la inocencia; la del público funcionario, autorizado servidor de los intereses del pueblo.

Cuando todo el vecindario, abandonando sus respectivas tareas, entrega sus cansados miembros al necesario reposo; cuando los gobernantes abandonan

por algunas horas el peso de su autoridad, y los gobernados buscan en el recinto de sus hogares el grato premio de sus fatigas, el uso positivo de sus mas halagüeños derechos, el sereno abandona su modesta mansion, y se arranca á los brazos de su esposa y de sus hijos (que tambien es padre y esposo), viste su morena túnica, endurecida por los vientos y la escarcha, toma su temible lanzon, cuelga á la punta el luciente farolillo y sale á las calles ahuyentando con su vista á los malvados, que le temen como al grito de su conciencia, como al espejo de sus delitos y acusador infatigable de la ley.

Durante su monótono paseo, ora reconoce una puerta que los vecinos dejaron mal cerrada, y les llama para advertirles del peligro; ora sosiega una quimera de gentes de mal vivir, rezagadas á la puerta de una taberna; ya impide con su oportuna llegada la atrevida tentativa de un ratero, y salva y acompaña hasta su casa al miserable transeunte á quien asaltó; ya presta su formidable apoyo al baston de la autoridad para descubrir un garito ó proceder á una importante captura. Noblemente desinteresado en medio de tan variadas escenas, deja gozar de su reposo al descuidado vecino, sin exigirle siquiera el reconocimiento por el peligro de que le ha libertado, por el servicio que acaba de prestarle sin su noticia; y cuando todavía en su austero semblante se notan las señales del combate que acaba de sostener, ó de la tempestuosa escena que acaba de presenciar, alza sus ojos al cielo, mira la luna, muda, quieta, impasible, como su imaginacion; presta el atento oído al reloj que da la hora, y rompe el viento con su voz, exclamando tranquila y reposadamente: *¡La una menos cuarto! y... sereno.*

IV.

PASEO NOCTURNO.

No sé si he dicho (y si no lo diré ahora) que aquella noche, por un capricho que algunos calificarán de extravagante, me había propuesto acompañar al buen Alfonso, el vigilante de mi barrio, en su nocturno paseo, y que para poder hacerlo con mas libertad, había creído conveniente aceptar un capoton y un chuzo como los suyos, que me prestó.

No se rian mis lectores de esta trasformacion de mi esterioridad; otras no tan momentáneas, aunque no menos ridiculas, vemos y contemplamos todos los dias sin estrañeza; un traje humilde, una corteza grosera, suele á veces encubrir la inteligencia del alma; ¡y cuántas veces un magnífico uniforme suele servir de disfraz á un tronco rudo!

Mi voluntario sacrificio de algunas horas tenia por lo menos un objeto noble. Yo soy un hombre concienzudo y chapado á la antigua, que gusto de estudiar lo que he de escribir, y tratándose ahora de las costumbres de alta noche, creí indispensable una de dos cosas: ó que el sereno se hiciese escritor, ó que el escritor se trasformase en sereno. Lo segundo me pareció mas fácil que lo primero.

Ya había un buen ratillo que andábamos, sin ocurrirnos cosa que de contar sea, cuando al pasar por bajo de unos balcones de una casa principal, hirió dulcemente nuestros oídos una grata armonía de instrumentos. Alzamos involuntariamente la vista, y al resplandor de la suntuosa iluminacion que despedían las ventanas, vimos dibujarse en la pared de enfrente los fantásticos movimientos de mil figuras elegantes que acompañaban los acordes de la orquesta, encontrándose y separándose á compas. Varios grupos estacionarios é inamovibles, ocupando los balcones, formaban entretenidos episodios en este cuadro interesante y animado, y veíanse circular por la sala multitud de familiares con sendas bandejas, distribuyendo refrescos y confitura; escuchábase el confuso

murmulo de mil diálogos interesantes, y sentíase el aroma de cien químicas preparaciones; y todo era risas y algazara, y movimiento y vida, y dulzuras y placer.

El anchuroso portal, decorosamente reforzado con el apéndice del farolón de gala, mirábase henchido de mozos y lacayos que mataban el tiempo cambiando la calderilla á las sublimes combinaciones de la brisca, ó durmiendo al dulce influjo del mosto bienhechor; y á la puerta, varios coches y carretelas demostraban la alta categoría de aquella magnífica concurrencia.

Cuando mas embelesados estábamos en esta contemplación, un ruido penetrante que se aproximaba sucesivamente, nos hizo esperar la llegada de nuevas y magníficas carrozas, y ya los cocheros que ocupaban la calle se replegaban y abrian paso de honor á los recién venidos. El ruido, sin embargo, llegó á hacerse sospechoso, por una disonancia *sui generis* que no es fácil comparar con otra alguna; y al revolver la esquina de la calle la brillante comitiva, nuestras narices, acometidas de improviso, nos dieron á conocer la verdad del caso.

Un movimiento eléctrico hizo desaparecer á todos los grupos de los balcones, y cerrar los cristales, y huir todos y refugiarse al medio del salón, y prestarse mutuamente pañuelos y frasquillos, y cruzarse las sonrisas y miradas burlonas de inteligencia, y esperar todos á que aquella ominosa nube pasase de largo. Mas... ¡oh desgracia! el imperturbable conductor para y detiene su primera máquina de guerra (en que montaba) delante de la misma puerta del sarao; á su voz le imitan igualmente todos los demás funcionarios con sus respectivos instrumentos, y sin hacer alto en la consternación del concurso, ni en la incongruencia de su determinación, se preparan á ejecutar sus profundos trabajos en el pozo mismo de la casa en cuestión.

Los criados corren presurosos á avisar al amo del grave peligro que amenaza; este horrorizado baja la escalera vestido de rigurosa etiqueta, con zapato de charol y guante blanco; busca y encuentra al director de aquella escena; le suplica que dilate hasta el siguiente día su operación; otras veces le amenaza, le insulta, y... todo en vano; el grave funcionario responde que no está en su mano complacerle, y que tiene que obedecer al mandato de sus gefes. Este diálogo aumado se estereotipa en la imaginación de todos los concurrentes; las damas acuden á buscar sus *schales* y sombreros, los galanes toman capas y *sortous*; los lacayos corren á hacer arrimar los coches; el amo pateo, y grita, y ruega á todos que no se vayan, que todo se compondrá; nadie le cree, y los salones van quedando desiertos; los músicos envuelven en las bayetas sus instrumentos; y toda la concurrencia, en fin, gana por asalto la calle, procurando evitar los ominosos preparativos, cerrando herméticamente sus narices, y corriendo precipitados á buscar otra atmósfera no tan mefítica y angustiosa.

Nuestro auxilio no fué del todo inútil en tan crítica situación, antes bien pudimos servir, y servimos con efecto, á reunir las discordes parejas que por efecto de la distracción y aturdimiento, propios de semejante catástrofe, tomaban un coche por otro, ó emprendían un camino diametralmente opuesto al que llevaba la familia.

Uno de estos grupos episódicos reclamó mi auxilio para disipar sin duda con mi presencia cualquier sospecha que pudiera infundir á un marido, por poco celoso que fuese, el verlos llegar tan solos y á tales horas. Comprendí, pues, toda la importancia de mi papel, que era nada menos que representar á la sociedad, defendiendo los derechos del ausente, y en su consecuencia traté de llenar mi deber en términos, que sospecho que el galán mas de una vez me dió á

todos los diablos, y hubiera querido no haber tropezado con mi inevitable farol.

Al avistar la casa de la señora, vimos asomar por otra esquina á la demás familia, acompañada casualmente por el buen Alfonso. Trocados el santo y seña, nos reconocimos todos, depositamos nuestro respectivo convoy, y yo, observando las miradas escrutadoras del esposo y su enojo mal reprimido, no pude menos de verter una gota de bálsamo en su corazón. — «Tranquílcese V. (le dije al oído); su esposa de V. es *todavía* digna de su amor; la sociedad entera ha velado por ella en mi persona; pero cuenta, señor marido, que no todos los días está la sociedad de *vigilante*, ni todos los faroles son tan concienzudos como el mio.» — Dicho esto desaparecimos bruscamente, sin dar lugar á mayores explicaciones con el buen hombre, que no acertaba á volver del pasmo y dar gracias á la sociedad, que por servirle se había escondido bajo el pardo capuchon de un sereno.

No habíamos andado largo trecho, luego que nos quedamos solos, cuando al volver la esquina de una callejuela hirieron simultáneamente nuestros oídos varias voces acongojadas que gritaban ¡*favor!* ¡*ladrones, ladrones!*—Redoblamos nuestros pasos; Alfonso suena su pito, y muy luego por todas las bocacalles vemos relumbrar sucesivamente los faroles de sus compañeros que acuden á la señal. Corre la voz de que hay peligro; ocúpense los desfiladeros, y de allí á un instante se siente una carrera precipitada de uno que escapaba gritando; «*A ese, á ese; al ladron, al ladron.*»—Los guardas de la noche no se dejan engañar por este ardid, antes bien enfilan sus lanzones, dirigiéndolos hácia el que corre; este, viendo ocupadas todas las salidas, intenta volver atrás; pero ya no es tiempo; el círculo de los serenos se estrecha, y se encuentra el malhechor en medio de ellos sufriendo su terrible interrogatorio, y los mas terribles reflejos de los faroles, asestados á su semblante, y á cuyo resplandor se revela en él la turbación del crimen, que en vano intenta disimular. Cuadro interesante y animado, no indigno por cierto del pincel de nuestros célebres artistas.

Allí mismo se improvisó una cuerda, y ligado convenientemente fue encargado á dos de los aprehensores para conducirle al cuerpo de guardia, en tanto que los demás corrian á prestar su auxilio á los vecinos de la casa asaltada; estos juraban y sostenían que algun otro malvado se habia escurrido hácia los tejados: y así era la verdad, y que sin duda lo hubiebia conseguido, gracias á la ligereza de sus piernas, en contraposición á la gravedad de las de los perseguidores, á no haber asomado en aquel mismo momento la ronda del barrio con sus respectivos alguaciles de presa, los cuales, destacados que fueron al ojeo, regresaron muy luego de las alturas trayendo muy bien acondicionado al fugitivo.

«Todas las cosas á ratos
tienen su remedio cierto,
para pulgas el desierto,
para ratones los gatos.»

Disipada, en fin, aquella tumultuosa escena, volvimos Alfonso y yo á nuestro solitario paseo; y aquel, que vió restablecido el silencio, y que era la ocasión oportuna para volver á lucir la sonoridad de su garganta, tosió dos veces, escupió, echó la cabeza fuera del capuchon, y con brio y magestad lanzó al viento el consabido canto llano: ¡*Las dos en punto y... sereno!*

En este mismo instante empezaba á nuestra espalda otra escena, que á juzgar por la obertura, no podia menos de ser brillante y divertida. Una escogida orquesta de cencerros y esquilonos, almireces y regaderas, obligada de periódicos bemoles producidos por aquel instrumento grosero, *hasta* en el nom-

bre, formaba un estrépito original y extravagante que contrastaba singularmente con el silencio anterior. Semejante modo de hablar simbólico tiene esto de bueno, que espresa rápidamente, y no da lugar á dudas ó interpretaciones. Así que luego que oímos el sonido del cencerro, no dudamos que aquello podía ser una *cencerrada*, y al escuchar los fúnebres acordes de la *Lira de Medellín*, luego nos figuramos que se trataba de boda ó cosa tal.

Éralo en verdad; y los malignos felicitadores dirigian aquel agasajo á un honrado tabernero que en aquel día acababa de trocar sus doce lustros de vida y cuatro de viudez, con una calcetera tambien viuda, tambien vieja, y tambien honrada; determinacion heróica y altamente social, que en vez de ser recompensada con tiernos epitalamos y coronas de laurel, celebraban sus amigos con aquella algazara que es ya de estilo para el que vuelve á encender segunda vez la antorcha del himeneo.

Un sentimiento de piedad, que sin duda produjo en Alfonso el recuerdo de su esposa, le movió á proteger la inviolabilidad de aquel primer sueño conyugal, y á disipar aquella tormenta que por lo menos tendria á interrumpirle por largo rato. Consiguíólo en efecto, gracias á su persuasiva autoridad, y luego que vió de amparada la calle, no pudo resistir un movimiento de orgullo, dando á conocer al tendero el servicio que acababa de dispensarle, y exclamó: *¡Las dos y media! y... sereno.*

«Gracias, amigo,—dijo á este tiempo una aguardentosa voz, escapada de una como cabeza que asomó envuelta en un gorro como verde por el ventanillo de la tienda. Y tras esto una mano amiga pasó por el mismo conducto un vaso de Cariñena que hizo regocijar al buen Alfonso, el defensor del órden público y de los derechos conyugales.

Nuevos y nuevos sucesos exigian en aquel momento nuestra franca cooperacion. Una mujer desgreñada y frenética atravesaba la calle para rogarnos que fuésemos á la parroquia á pedir la estremacion para su hijo... y por el opuesto lado un hombre, sin sombrero y sin corbata, nos acometia, empuñándonos á acompañarle para ir á casa del comadron á rogarle que viviera á ejercer su ministerio cerca de su esposa. Fue, pues, preciso dividirnos tan importantes funciones; el compañero marchó con la mujer á la parroquia, y yo á casa del comadron con el marido. Y al volver á encontrarnos, el uno con el nuncio de la vida, y el otro con el ángel de la muerte, no sé lo que pensaria Alfonso; pero yo de mí sé decir que me ocurrieron reflexiones que acaso no dirian mal aquí.

Una sola calle en todo el cuartel no habiamos visitado en toda la noche, negándose constantemente Alfonso á entrar en ella, no sin escitar mi natural curiosidad. Pero en fin, instado por mí, y sin duda conociendo que ya podria ser hora oportuna, penetramos en su recinto, y luego conocí la causa misteriosa de aquella reserva. Érase un apuesto galan embozado hasta las cejas, y tan profundamente distraido en sabrosa plática con un bulto blanco que asomaba á un balcon, que no echó de ver nuestra llegada, hasta que ya inmediatos á él, Alfonso tosizó varias veces, y acercándose al preocupado galan: «Buenas noches, señorito.»—¿Cómo? ¿pues qué hora es?—Las tres y media acaban de dar.—Un profundo suspiro, que tuvo luego su eco en el balcon, fue la única respuesta. Y el bulto blanco desapareció, y la misteriosa capa tambien.—

Al llegar aquí no pude menos de respetar en Alfonso el diós tutelar de aquel misterio, y comparando esta escena con la anterior, eché de ver que entre la vida y la muerte hay todavía en este mundo alguna cosa interesante y placentera.

Patética iba estando mi imaginacion, sin que bas-

tase á distraerla el sabroso diálogo que poco despues entablamos con un hombre que yacia tendido en medio de la calle, el cual, inspirado por el influjo del mosto que encerraba en su interior, se soñaba feliz en brazos de su esposa, y dirigia sus caricias al inmediato guarda-canton; asunto eminentemente clásico, y digno de la lira de Anacreonte.

En esto un perro ladró, y luego ladraron dos perros, y despues cuatro, y en seguida diez, y por último ladraron todos los perros del barrio, y Alfonso exclamó con alegría:—«Ya viene Colás, y el día no puede tardar tampoco.»—¿Y quién era (esclamarán sin duda mis lectores) este nuncio del sol, este héroe matinal, á quien aclamaban en coro todos los cuadrúpedos vivientes?—¡Ahí que no es nada!... Era Colás, el investigador de misterios escondidos entre el polvo y la inmundicia, el descubridor de ignoradas bellezas, químico analizador de la materia; sustancia que se adhiere á las sustancias de valor; disolvente metal que sabe separar el oro de la liga y vengar con su ciencia la injusticia de la escoba. Armado con su gancho protector, recorre sucesivamente los depósitos que los vecinos han colocado á sus puertas, y busca su subsistencia en aquellos desperdicios que los demas hombres consideran por inútiles y arrojadizos. Y como la raza canina cuenta tambien con aquellos mismos desperdicios como base de su existencia, y la ley (¡injusta ley al fin hecha por los hombres!) ha investido al *trapero* de una autoridad perseguidora hácia aquella clase, no hay que estrañarse del natural encono con que le miran, ni que las víctimas saluden á su paso al sacrificador, con aquel interes con que lo harian si él fuera ministro de Hacienda, y ellos fueran los contribuyentes.

En sabrosa plática departian Alfonso y Colás sus mútuos sentimientos, entré tanto que yo, apoyado en una esquina, saboreaba las consideraciones que me inspiraba aquella escena, y ya me disponia á abandonarla y á despojarme de mi misterioso disfraz, cuando el sonido de una campana estraña llamó rápidamente la atencion de Alfonso, que con el mayor interes interrumpe su diálogo: aplica el oido, cuenta uno, dos, cuatro, cinco golpes: y esclama... *¡Las cuatro menos cuarto!... y ¡fuego en la parroquia de Santa Cruz!*

Inmediatamente corren precipitados todos los serenos; cuáles á avisar á los obreros, cuáles á reunir á los aguadores de las fuentes; estos á acompañar las bombas, aquellos á dar aviso á la autoridad. En un momento las calles se pueblan de gentes que corren hácia el sitio del incendio; lcs carros de las mangas parten precipitados para alcanzar el premio de la que llega primero; cruzan las ordenanzas de los puestos militares; aparecen las autoridades con sus rondas; y unos y otros refluyen por distintos puntos al sitio del incendio. Esta escena era magestuosa é imponente: iluminada de un lado por los últimos rayos de la luna, de otro por el lúgubre resplandor de las llamas; animada por un conjunto numeroso de operarios que acudian á hacer trabajar las máquinas, á estraer las persouas y muebles, á cortar el progreso del incendio, ofrecia un golpe de vista por manera interesante y animado.

No faltaban en verdad sus grotescos episodios; no faltaba manga que exhalaba su respiracion por un lado, dirigiendo su benéfico raudal á la pared de enfrente, no sin grave compromiso de los curiosos vecinos que campeaban en los balcones; no faltaba hombre aturdido que para salvar de las llamas un precioso reloj, le arrojaba violentamente por el balcon; ni quien propusiera apagar el fuego á cañonazos; ni quien derribara una casa inmediata para ponerla á cubierto de todo temor.

Pero el celo era grande; la filantropía de la mayor parte de los operarios, digna del mas cumplido

elogio. Los serenos, colocados en semicírculo delante de la casa incendiada, custodiaban los efectos; las patrullas dispersaban á la parte innecesaria de la concurrencia; los vecinos prestaban sus casas á los infelices, víctimas de aquella catástrofe; la autoridad procuraba regularizar los movimientos de todos y dirigirlos al fin comun. Por último, despues de un largo rato de inútiles tentativas pudo llegar á cortarse el vuelo de las llamas; y sucesivamente todo fue entrando en el órden, hasta que ya disipado el peligro, cada uno pensó en retirarse á descansar.

Los cantos de las aves anunciaban ya la próxima aparición de la aurora; las puertas de la capital daban entrada á los aldeanos que acudían á proveer los mercados; las tiendas de aguardiente se entreabrían ya para ofrecer su alborada á los mozos compradores; los ancianos piadosos seguían el misterioso son de la lejana campana que anunciaba la primera misa; y los honrados guardas nocturnos iban desapareciendo y apagando sus ya inútiles faroles.

Alfonso á este tiempo hizo alto delante de una modesta habitación, y con mayor alegría que en el resto de la noche exclamó: ¡*Las cinco en punto!* y...

—«*Ya bajo,*»—le contestó desde la buhardilla una voz que supuse desde luego ser la de su cara mitad.

Conocí que era llegado el momento de separarnos; entreguéle chuzo y capoton, y restituído á mi forma primera, volví á ser actor en un drama agitado, del que toda la noche habia sido sereno é indiferente espectador.

(Noviembre de 1837.)

LA BOLSA.

I.

«Toujours triste ou fougueux, pestant contre le jeu,
ou d'avoir perdu trop, ou bien gagné trop peu.»

Regnard.

Ora frenético y loco,
ora triste y abatido;
ya porque mucho ha perdido,
ya porque ha ganado poco.

CUANDO Madrid se llamaba capital de dos mundos, y cuando las minas del Potosí desaguaban en su recinto, entonces no teníamos *Bolsa*; ahora tenemos *Bolsa*, pero en cambio hemos perdido los mundos, las minas, y el Potosí.

En aquellos felices tiempos todo el sistema de hacienda estaba reducido á necesitar dos y gastar cuatro (porque habia estos cuatro); en el día, por el contrario, todo el chiste está en necesitar cuatro y componerse con dos... y gracias si se puede contar con estos dos.

Es verdad que todo se halla equilibrado por el feliz sistema de las compensaciones, y de este modo, si perdimos nuestra superioridad metálica, nos hallamos, Dios sea bendito, con que hemos adquirido la científica; si no tenemos dinero, tenemos libros y cátedras en que instruirnos sobre la *teoría del crédito*, y podemos convencernos por ellos de que el pedir prestado es un signo favorable de riqueza (sobre todo cuando el que pide se propone no pagarlo nunca). Tenemos tambien *caja de amortización*, donde todo se amortiza, capital, intereses y acreedores; tenemos una grata variedad de documentos de crédito de todas formas y de diverso primor artístico: *Inscripciones, certificaciones, transferibles, no negociables, títulos al portador, residuos, cupones, acciones, dividendos y billetes del Tesoro*; todo de muy entretenida vista por la multitud de sellos, cifras y contraseñas, además del notable ahorro de canastillos de paja y talegos de arpillera. Tenemos, en fin, *Bolsa de comercio*,

en donde poder usar de aquella baraja, y tratar de despojarnos cordialmente unos á otros por medio de atrevidas apuestas y demas lances que constituyen el entretenido *juego de fondos públicos*.

Otros eran, en verdad, aquellos tiempos en que el honrado comerciante dirigía desde su bufete las mas grandiosas empresas, espedía sus buques cargados de nuestros deliciosos frutos al Callao ó á la Vera-Cruz; ora recibía los ingeniosos artefactos de Manila, el cacao de Caracas ó el azúcar de las Antillas; ora contentándose con mas moderada y segura ganancia limitaba sus operaciones al descuento de letras, y cambio de fondos con las diversas plazas mercantiles.

En el día tal clase de negocios solo queda para gentes apocadas de suyo y que carecen de la inteligencia y el valor necesario, para lo que en lenguaje técnico llamamos *meterse en la Bolsa*; y á la verdad ¿cómo la perspectiva de un mezquino interes de diez ó doce por ciento al año podría lisonjear al atrevido especulador que lanzándose en el juego público sueña en el mismo espacio de tiempo cuadruplicar su capital?

Verdad es que, como dice un adagio vulgar, «no todo lo que reluce es oro,» y que tales suelen ser los resultados de estas gigantescas operaciones, que destruyan en breves momentos las fortunas mas sólidas y acreditadas. Pero los hombres, en sus proyectos de ambicion, acostumbra generalmente á mirarlos solo por el lado favorable, y el resplandor que difunde uno solo que alcance á conseguir un buen resultado, ofusca y hace olvidar la multitud inmensa que quedaron arruinados por levantarle. Semejantes al atrevido navegante, que fija la imaginación en las delicias del puerto, no reflexiona que su bajel marcha sobre los restos de otros infinitos á quienes animaba la misma esperanza.

En vano los escritores moralistas y concienzudos han intentado probar los inconvenientes de tales empresas; en vano han dicho y repetido que destruyen el comercio, que atacan á la moralidad de las familias, que ponen en continuo peligro á los gobiernos y á las naciones. Los hombres del día no han querido escuchar tales plegarias; y no contentos con seguir su inclinación, la han reducido á sistema; han compuesto libros en su elogio; y la teoría del crédito ha encontrado aduladores, como los encontraría la peste, si la peste tuviera dinero para pagarlos. Inútil es, pues, cuanto se declame; la experiencia acredita que cuando se abre una puerta en el templo del interes, cierran las suyas los de la filosofía y la razon.

No por eso conviene que queden abandonados los argumentos de estas, y el hombre inesperto sin otra brújula para caminar en el mundo que su propia reflexión. Carga es, pues, noble del escritor filósofo el trazarle un fiel espejo en que mire sus deberes y los peligros á que le espone la ambicion; si despues de ello gusta lanzarse en tan funesta vía por lo menos no será por ignorancia de los escollos; algunos podrá evitar teniendo presente aquella pauta, y siquiera no sirviese ella mas que para precaver á un individuo solo, ese solo individuo será una noble conquista de la virtud sobre el vicio; esa sola conquista será un nuevo laurel para la frente del escritor.

II.

Don Honorato Buenafé, rico comerciante de una de nuestras primeras capitales, habia llegado á una edad avanzada, disfrutando por su probidad de una reputación honrosa, y en posesión de la inmensa fortuna que le habian proporcionado sus negocios mercantiles. Satisfecha ya su noble ambicion de dejar á su familia un buen nombre y un puesto distinguido en la sociedad, trató de dar grato reposo á su imaginación en los últimos años de su vida, y al efecto li-

quidó sus negocios y dividiendo en dos su casa-comercio, puso al frente de cada una de ellas á uno de sus hijos, á quienes habia de antemano educado convenientemente para la carrera á que pensaba destinarlos.

Ambos jóvenes, por fortuna manifestaban á ella la mayor inclinacion, al paso que ayudados de los conocimientos adquiridos, prometian aplicar á su giro toda aquella inteligencia que es necesaria. El carácter sin embargo de los dos disenta notablemente, y prometia imprimir á sus negociaciones respectivas un sello peculiar.

Benigno (que así se llamaba el mayor) se distinguia por su espíritu metódico y reflexivo: pensaba mucho y obraba lentamente; pero su constancia y regularidad le aseguraban hasta cierto punto un éxito seguro aunque tardío. El cambio de frutos coloniales, el giro de letras, las anticipaciones á un premio moderado; tales eran sus negocios favoritos, y el tiempo un necesario elemento que combinaba en ellos con su interés y su inteligencia. La mas pequeña comision, el negocio de menor cuantía, eran por él mirados con la misma atención, con igual celo que aquellos de primer orden. La exactitud de sus libros de caja podian servir de modelo; y el estilo de su correspondencia llevaba todo el sello de la honradez y de la formalidad. Con este sistema, si se quiere rutinario y apocado, es verdad que no duplicó en poco tiempo su capital, ni ofuscó con su brillo el nombre paterno; pero al cabo de cada año resultaba de su *balance* un progreso cierto, al paso que su reputacion se aseguraba mas y mas. Para colmo de su felicidad habia escogido una esposa que le amaba tiernamente, y que participando en un todo de su buen juicio, cuidaba de dirigir noblemente aquella economía interior que los hombres solemos despreciar, y cuya falta viene á ser la lima que consume lentamente las mas sólidas fortunas.

Enrique, el otro hermano menor, estaba dotado, segun se dice en el mundo, de mas elevadas miras, de mas brillantes cualidades. Su educacion tambien habia sido distinta de la de su hermano; este jamas habia salido de su pais, y acostumbrado toda su vida á aquel sistema uniforme y á aquellos mismos objetos, gozaba tranquilamente de ellos. Enrique, por el contrario, habia viajado mucho; habia visitado las capitales extranjeras, y las mas famosas plazas mercantiles; se preciaba de sabio economista, y como él decia, gran *financiero*; tenia una selecta librería; gustaba de hablar y disputar largamente, y obraba en todo con precipitacion, que él apellidaba valor y energía.

Desde el instante en que á vuelta de cien consejos saludables recibió la emancipacion paternal y se vió al frente de su casa, trató de disponerla en un todo diversa de la de su hermano, dándole aquel estilo que habia observado en varias extranjeras, y que él llamaba *sabor europeo*. Para ello dejó á su hermano los viejos muebles, los antiguos dependientes, los inmemoriales corresponsales de la casa; y pareciéndole una capital de provincia estrecho recinto á sus gigantescas disposiciones, se trasladó á la córte, y se estableció en ella con toda la brillantez que le sugeria su exaltada imaginacion.

Desdeñando, como era de esperar, los negocios comunes, vió en las operaciones bursátiles el ancho campo adonde podria lucir los grandes recursos de su fantasia. Era precisamente la época en que recién establecida la Bolsa de Madrid, se convertian á ella todos los conatos de los grandes capitalistas; y cada dia servian de objeto á la conversacion general las inmensas fortunas realizadas en breves horas por especuladores atrevidos. Enrique, que habia sido testigo de iguales portentos en otras capitales, y en cuya imaginacion estaba siempre fija la idea de un *Rotschild*: que contaba con grandes conocimientos en el juego

de fondos públicos, y que ademas podia emprenderle desde luego con un buen capital, no se descuidó un punto en ello, y desde los principios sus numerosas y osadas operaciones llamaron á su casa á todos los agentes de cambio, y su firma ó endoso fue señal obligada en todos los créditos en circulacion. En vano su experimentado padre y su prudente hermano, temerosos de tanta fortuna, le exhortaban continuamente en sus cartas á la prudencia, describiéndole este último con los mas vivos colores la felicidad que disfrutaba en su medianía, la tranquilidad de su imaginacion, las dulzuras de la vida doméstica, el respeto y cariño de sus amigos y convecinos. Enrique se contentaba con responderles el resultado de sus operaciones; que su capital se hallaba cuadruplicado, y que al vencimiento de ciertos plazos esperaba realizar diez tantos mas.

Y era así en efecto la verdad; lisonjeado por la pérdida fortuna, que cual mujer coqueta se complace en aturdir y sujetar con sus favores á aquel amante á quien cuenta luego sacrificar, se diria que una estrella favorable presidia á todas sus operaciones, á todos sus empeños. Los sucesos públicos que tanto influyen en el alza y la baja de los fondos, parecia que se modelaban y desenvolvian á medida de su necesidad y de su deseo; si compraba al *contado*, luego inmediatamente subia el papel; si vendia á *plazo*, bajaba de precio para que él pudiese cumplir con menos sacrificio. De este modo, en pocos meses llegó á realizar un capital inmenso, capital suficiente á satisfacer otra ambicion que no fuera la suya.

Su lujo y sus necesidades crecian sin embargo en razon directa de su fortuna; y deseoso de asociar á ella otra por lo menos correspondiente, contrajo matrimonio con una rica heredera y brilló por un momento con todo el esplendor que él habia imaginado en sus sueños orientales.

Si va á decir la verdad; en este estado, al parecer tan dichoso, era el hombre menos feliz que puede imaginarse. Devorado constantemente de deseos superiores á la realidad; entregado dia y noche á combinaciones y cálculos complicados; contando las horas que le acercaban á los términos de sus contratos; pendiente de la ruina ó de la fortuna de sus co-negociantes; acosado por la multitud de propuestas de nuevos empeños; lanzado en los círculos políticos para calcular mas acertadamente los sucesos futuros; agitado, en fin, con el peso de mil compromisos, de mil responsabilidades de que pendia continuamente su completa fortuna ó su desgracia irreparable, su vida era una continuada fiebre, un perpétuo delirio, que ni el sueño podia interrumpir, ni el ruido de los festines alcanzaba á templar. ¡Miserable riqueza la que se compra á costa de la vida, y miserable el mortal que no reconoce término á su ambicion!

Pero cuando la prosperidad hubo llegado al suyo, cuando la caprichosa fortuna dando vueltas á su rueda dijo á su protegido: «Hasta aquí llegarás;» cuando todos los medios de su elevacion se convirtieron rápidamente en agentes de caida, ¿cómo parar el torrente asolador de mil desgracias, causadas unas por imprudencia, otras por misteriosa fatalidad? Ni ¿cómo pintar el frenesí de un hombre que, mecido hasta allí apaciblemente por las olas, mira estrellarse su bajel á la entrada del puerto, y caer una á una todas las ilusiones de su fantasia?

La situacion de Enrique en tales momentos entra en el número de aquellas inesplicables, y á que la pluma parece rehusarse. Baste decir que aquella brillante llama de su fortuna se apagó aun mas rápidamente que fue encendida; que llegó un tiempo en que los cálculos mas bien dirigidos le fallaron, que las operaciones mas sencillas se volvieron en contra suya. Ni sus inmensos bienes, ni los de su esposa, ni el poderoso auxilio de su hermano (de aquel hermano

á quien él despreciaba por metódico y apocado) bastaron á hacer frente á sus responsabilidades, hasta que acosado por ellas, perseguido por sus acreedores, y conservando en su corazon un sentimiento de orgullo, desapareció de su casa y de su país, corriendo á ocultar su vergüenza al otro lado de los mares.

De este modo pasó aquel astro brillante; de este modo se apagó su fantástico resplandor. Sintieronlo

sus acreedores y comensales; sus amigos miraron su caída con indiferencia; sus enemigos con alegría; los demas hombres se complacieron en ignorarla, y unos y otros continuaron por el mismo camino peligroso, como si tal no hubiese acontecido; y si alguna vez la imaginacion les recordaba á su pesar la desgracia de Enrique, achacábanla á imprudencias y ligerezas, de que todos se creian siempre dispensados.



III.

El reloj de la Puerta del Sol acaba de dar las doce.... ¡hora fatal que va á decidir la suerte de cien familias, que va á lanzar á unas en la miseria por crecer y aumentar la opulencia de las otras! Hora que



El Agente de Bolsa.

es preciso aprovechar, porque los minutos corren, y la ley previene que dentro de los sesenta que median de doce á una se traten y cierren todos los negocios, todos los contratos de fondos públicos.... ¡Qué agitación, qué movimiento en todas las avenidas del templo de la fortuna!... Ved al magnífico comerciante, á aquel que preside y gobierna á un centenar de de-

pendientes, dejar entregados á estos sus libros y su correspondencia, y vestirse precipitado, y correr en la mayor agitación, consultando el reloj cada minuto, y sin quererse detener con la multitud de importunos que vienen á saludarle. Observa al prosáico mercader, que fia la vara á su consocio, y marcha por medio de la calle registrando cuidadosamente su abultada cartera. Dejad paso al birlocho del agente de cambios, á la carretela del político financiero, al inevitable paraguas del viejo prestamista, al agitado movimiento del baston del elegante jugador.

Todos vienen á refluir á un mismo punto; todos dirigen el rumbo á Filipinas, á las Filipinas de la calle de Carretas... Entrad si podeis en aquel angustioso recinto... allí nada se paga á la entrada; ¡lo que se paga es la salida!...

Un elegante patio cerrado de cristales, circundado por una galería, sirve de escena á aquel interesante drama... Varios atributos y pinturas simbólicas en la pared, y sendos tableros en los frentes con los artículos correspondientes de la ley, os hacen ver que ella autoriza todas aquellas operaciones... Repartidos en distintos sitios los nombres de las plazas mercantiles, Amsterdam, Génova, Lisboa, Lóndres, Nápoles, París, Petersburgo y Viena, como que quieren dar á entender que tenemos comercio con ellas; y cuatro estatuas colosales, que representan la España y la Paz, Mercurio y Neptuno, están allí en buena compañía y de toda etiqueta, como gentes que apenas se tratan entresí.

En el centro del salon, y dentro de una elegante baranda circular, el *anunciador oficial* de los cambios recibe las notas de los agentes y las publica en alta y despacible voz, y en derredor de la verja que cierra el estrado se agitan y agrupan los celosos concurrentes con una prolongada oscilacion, con un monótono zumbido, semejante al que suele formar un enjambre de abejas; movimiento y ruido que cesan instantáneamente cada vez que la máquina parlante del estrado prorrumpe en esta espression:

«Se han hecho.... dos millones de reales, en certificaciones sin interés.... al cinco y tres octavos por ciento.... á sesenta dias ó voluntad del comprador...»

Y vuelve inmediatamente el murmullo, y el removerse en distintas direcciones, y el correr unos tras otros, y el hablarse al oido, y el hacerse señas de in-

teligencia, y el rascarse la frente; y el ahuecarse el corbatin, y el abrir y cerrar carteras, y el humedecer con la lengua los lapiceros, y el alzar los ojos al cielo como para recibir inspiraciones, y el leer cartas, y el formar corrillos, y el adelantarse y volver atras, y el escudriñar respectivamente los semblantes para adivinar en ellos por qué lado se pueden sorprender.

Los unos mas inespertos ó mas arriesgados andan de aquí para allí proponiendo sus negociaciones; los otros veteranos, permanecen inmóviles, escuchando con aparente frialdad las propuestas de los corredores; cuáles disputan sobre las probabilidades de alza y los lances de la guerra, y las elecciones, y los fondos extranjeros; cuáles afectan desdeñosamente ocuparse en hablar de los toros, de la ópera, y de las *grisetas* de Paris. La mas agitada expresion brilla en la fisonomía de aquellos; en estos la calma y la sonrisa burladora, y no pocos, simplemente curiosos, revelan en su semblante una admiracion estúpida, y abren un palmo de boca á cada operacion que oyen preguntar. Los agentes de número, verdaderos impulsantes de aquella máquina, reinas de aquella colmena, corren de un lado á otro con una prodigiosa actividad, se introducen en los grupos, dan palmaditas en el hombro de aquel, llaman aparte á este, dicen dos palabras al oido del otro, ó reciben con un movimiento de cabeza una señal del de mas allá.....

—¿Medio millon de cuatros al 20 ½ á sesenta dias?—¿Prima de uno?—Vaya.—¿Dos millones del 5 al contado?—Los tomaré si hay plazo.—¿Firma segura?—La de...—(Aquí un fruncimiento de de labios, y se separan sin hablar mas.)

—Señor agente, aquí tengo esos 200,000 reales del 5.—Pues; todos á vender.... no puede ser, nadie toma nada, no se encuentra dinero...—Eh....—Allá voy.—Palabra: ¿puede V. proporcionarme un pico de 200,000 reales al 5?—Difícil será... yo no sé en qué consiste... hoy el papel está muy buscado; aguarde V. un momento.—Eh, caballerito; ¿á cómo daba V. su papel?—Al precio corriente, al 20.—Imposible.—Vaya al 19 ¾.—¿Acomoda al medio?—Sea.—

Y la voz pública pregona: *Se han hecho un millon de reales, títulos del 5 por ciento al 20 ½ al contado.*

—¿Lo ve V.? ¿no lo decia yo?—Ya, pero esa es una operacion hecha á primera hora, y luego lo de V. es un pico y...—

Mas volvamos la cabeza á ese otro corrillo ruidoso y agitado... Son políticos, que impoliticamente disputan sobre los sucesos públicos, y hablan de congresos y notas diplomáticas, y citan testigos y correos que acaban de llegar; y el mas condecorado dice con solemnidad que la Inglaterra acaba de pasar á cuchillo á los Dardanelos, y que el Czar de Rusia ha mandado tapiar la Puerta Otomana; y mil que le escuchan con los ojos espantados empiezan á temblar como azogados y se apresuran á ofrecer su papel á menos precio, y el cambio baja, y el político se da prisa á comprar, y luego vuelve á reunir el corro, y les dice que no pasen cuidado, que ya el Gran Señor tiene preparadas para este caso las escalas de Levante, y Meternich ha improvisado un congreso en una de las islas del Polo; con lo cual se restablece la calma y el precio vuelve á subir, y mi especulador geógrafo realiza su papel con beneficio.

Esta agitacion va creciendo sucesivamente por minutos á medida que va acercándose la hora de conclusion, y ya en los últimos momentos es inesplicable el movimiento, la indecision, el estado febril de la mayor parte de los concurrentes.

Uno entre ellos, agitado por la ambicion, impulsado por la esperanza, duda, recapacita, vuelve, torna, mira al reloj, mira los semblantes, quisiera preguntar á las estatuas lo que debe hacer... ¡Miserable, detente; la suerte de tu esposa y de tus hijos penden

de esa tu resolucion!... El vendedor le asedia, la hora se acerca, la campana fatal va á sonar...

—¿Con que toma V. ó no esos dos millones?—Hombre...—Pronto, que tengo ya comprador.—¿Qué hora es?—Mire V., un minuto falta nada mas.—Pero...—Que va á cerrarse, que da la hora...—Venga acá.—En hora buena.

«*Se han hecho dos millones de reales, títulos del 5, al 21 por ciento al contado.*»

LA UNA; suena la campana; el anunciador prosigue....

«*Concluye la negociacion de fondos públicos, y continúan las demas operaciones comerciales.*»

No bien dice estas palabras, todos los concurrentes se apresuran á recoger sus bastones y paraguas y abandonar aquel recinto. De allí á pocos minutos todo queda en silencio, y el que por casualidad entrase despues, sólo encontraría en él cinco figuras que se asombran ellas mismas de verse juntas, á saber; la *España*, la *Paz*, *Neptuno*, *Mercurio*, y el *anunciador* del crédito nacional.

(Noviembre de 1857.)

ANTES, AHORA Y DESPUES.

I.

«El tiempo se ve retratado con exactitud en las generaciones vivas: de suerte que los viejos representan lo pasado, los jóvenes lo presente y los niños el porvenir.»

Addison,

LA filosófica observacion de un célebre moralista, que queda estampada como epigrafe del presente artículo, nos conduciria como por la mano á entrar de lleno en aquella cuestion tantas veces agitada de la mayor ó menor corrupcion de los tiempos; y despues de bien debatida, sucederíanlo que de ordinario acontece, esto es, que acaso no sabriamos decidirnos entre los recuerdos pasados, la actualidad presente y las esperanzas futuras.

Las mujeres, segun la observacion tambien exacta de otro autor crítico, son las que forman las costumbres, así como los hombres hacen las leyes; quedando igualmente por resolver la eterna duda de cuál de estas dos causas influye principalmente en la otra, á saber: si las costumbres son únicamente la expresion de las leyes, ó si estas vienen á reproducirse como el reflejo de aquellas.

Parece, sin embargo, lo mas acertado el creer que este es un círculo sempiterno en que quedan absolutamente confundidos el principio y el fin, pues si vemos muchos casos en que el legislador se limitó á formular las costumbres y las inclinaciones de los pueblos, tambien háy otros en que estos se vieron prevenidos por la atrevida mano de aquel.

De todos modos, no puede negarse que la educacion es la base principal que sustenta y modela casi á voluntad el carácter del hombre, y de aquí la importancia de las leyes que la dirijan; tambien habrá de convenirse en que las mujeres están llamadas por la naturaleza á prestar al hombre los primeros cuidados, á inspirarle sus primeras sensaciones, á desenvolver sus primeras ideas; y hé aquí explicada tambien naturalmente la otra observacion, ó sea su influencia en el futuro desarrollo de la sociedad.

Todas estas y otras muchas verdades se ven materializadas, por decirlo así, en cada pais, en cada ciudad, en cada casa. Mas cuenta, que no á todos es dado el apreciar distintamente el espectáculo que delante se les presenta; no todos saben adivinar sus

causas, medir sus efectos, calcular sus consecuencias; el libro de la vida todos le escriben, muy pocos son los que aciertan á leer en él; y allí donde por lo regular acaba el horizonte del vulgo, suele empezar el del filósofo observador.

II.

LA MADRE.

«Mucho mas locas las viejas son en Madrid que las mozas, y es natural, porque llevan muchos mas años de locas.»
Leon de Arroyal.

Doña *Dorothea Ventosa*, de quien ya en otra ocasion tengo hablado á mis lectores (1), era una señora que por mal de sus pecados tuvo la fatal ocurrencia de nacer en los felices años del reinado de Carlos III, y si bien esta circunstancia no fuese sabida mas que de ella misma, y del señor cura de la parroquia, y pareciese hallarse desmentida por las continuas modificaciones y revoque de su persona monumental, sin embargo, los arqueólogos y amantes de antigüedades (que como es sabido tienen la descortes osadía de señalar fechas á todo lo que miran) creyeron poder arriesgarse á colocar la del nacimiento de nuestra heroína á los setenta y cinco del pasado siglo, mes mas ó menos.

Nacida de padres nobles, y sesudamente originales, en aquellos tiempos en que los españoles no se habian aun traducido del frances, vió deslizarse sus primeros años en aquel reducido círculo de sensaciones que constituian por entonces la felicidad de las familias; y el respeto á señores padres y el santo temor de Dios eran los únicos pensamientos que alternaban en su imaginacion con los juegos infantiles. Enseñáronla á leer, lo necesario para hojear el *Desiderio y Electo* y las *Soledades de la vida*; y en cuanto á escribir, nunca llegó á hacerlo, por considerarse en aquellos tiempos la pluma como arma peligrosa en las manos de una mujer.

No bien cumplió doce años, y antes que la razon viniese como suele á perturbar la tranquilidad de su espíritu, fue colocada en un convento, donde aprendió á trabajar mil primorosas fruslerías, y á pedir á Dios, en una lengua que no entendia, perdon de unos pecados que no conocia tampoco.

El amor paterno, velando por su porvenir en tanto que ella dormia y crecia en el seno de la inocencia, negociaba con eficacia un ventajoso matrimonio para cuando llegase el momento de salir al mundo; y así que hubo llegado á los diez y ocho años de su edad, fue vuelta á la casa paterna, y desposada de allí á pocos meses con un hombre á quien ella apenas conocia, pero que tenia la ventaja de colocarla en una



brillante posicion, y añadir á sus apellidos siete ú ocho apellidos mas.

(1) Véase el artículo *Las tres tertulias*.

Pasó, pues, sin transicion gradual, desde el dominio de la hermana superiora, al mas positivo del marido superior. Porque es bien que se sepa que por

entonces todos los maridos lo eran, y tenían mas punto de contacto con la arrogancia de los árabes, que con la acomodaticia cortesanía francesa.

Convencidos, no sé si con razon, de lo peligroso que es el aire libre y el contacto de la sociedad á la pureza de las costumbres femeniles, tocaban en el opuesto estremo; convertian sus casas en fortalezas, sus mujeres en esclavas, y en austera obligacion los voluntarios impulsos del amor.

Ya se deja conocer, y todas mis lectoras convenrán en ello, que sistema tan descortes supone; como si dijéramos, una sociedad incivilizada, una ilustracion en mantillas; y todas las jóvenes darán en el interior de su corazon mil gracias al cielo por haberlas hecho nacer en un siglo mas filosófico y conciliador. Pero esto no es del caso, ni ahora la ocasion del obligado encomio del siglo en que vivimos; todo ello podrá tener su lugar mas adelante; por ahora habremos de reposar la imaginacion en los últimos años del que pasó.

Nuestra bella mal maridada llevó con paciencia el primer año de aquel tiránico amor: en este punto hay que alabarla la constancia, que en el dia podria hacerla pasar por una Penélope; pero al fin, el primer año pasó, y vino el segundo; y entonces observó que su marido siempre era el mismo; un señor por otro lado muy formal y muy buen cristiano, pero sin espada ni redecilla, ni botones de acero, ni mucho sebo en el peluquin; que entonces las mujeres se enamoraban de las pelucas, como ahora se enamoran de las barbas.

Observó que á su edad (que tenia ya treinta cumplidos) todavía no sabia bailar el bolero, ni cantar la Tirana, ni habia podido tomar partido entre Costillares y Romero, ni sabia qué cosa era el arrojar confites á Manolito García; cosas todas muy puestas en razon, y que para servirme de una espresion galo-moderna, *hacian furor* por aquellos tiempos de gracia. Advirtió que su casa era siempre su casa, y las ventanas siempre con celosías, y el perro siempre acostado á la entrada, y el Rodrigon siempre en acecho á la salida, y los muebles siempre silenciosos, y los libros siempre Santa Teresa y Fray Luis, y las estampas siempre el Hijo pródigo y las Bodas de Caná.

Por algunas espresiones sueltas de algunas amigas (que nunca faltan amigas para venir á enredar las casas) llegó á adivinar que estramuros de la suya habia alguna otra cosa que no era ni su marido, ni sus pájaros, ni sus celosías, ni sus tiestos, ni sus *lignum crucis*, ni sus San Juanitos de cera. Supo que habia teatros, y toros, y meriendas, y Prado, y abates, y devaneos; y como la privacion es salsa del apetito, rabió por los abates y por las meriendas, y por el Prado y por los toros, y por la comedia y por los devaneos.

Pero á todos estos estraños deseos hacia frente la faz austera del esposo, que rayando en una edad madura, y práctico conocedor de los peligros mundanos, se consideraba en el deber de apartar de ellos con vigilante constancia á su joven compañera, sin que esta por su parte se lo agradeciese, como que solo veia en ello un exceso de egoismo, y una implacable manía de ejercer con ella su conyugal autoridad.

Desengañada, en fin, de la inutilidad de sus esfuerzos para quebrantar sus odiosas cadenas, hubo de conformarse al reducido círculo de sus obligaciones domésticas. Por fortuna el amor maternal pudo hacerla mas haiagüena su existencia: tres hermosos niños vinieron sucesivamente á endulzarla; criábalos ella misma, por no haberse establecido aun la funesta moda que releva á las madres de este sublime deber; vivia con ellos y para ellos, y sus gracias inocentes casi la llegaron á reconciliar con unos lazos que antes miraba como tiránicos y opresivos.

Desgraciadamente de estos tres niños desaparecieron dos, antes que la muerte arrebatase tambien al papá; y cuando este acontecimiento vino á cambiar la existencia de nuestra heroína, quedó esta á los cuarenta y ocho de su edad, con una sola niña de quince abriles, que revelaba á la mamá en sus lindas facciones una verdad que apenas habia tenido lugar de advertir, esto es, que ella tambien habia sido hermosa.

Las mujeres en general suelen tener dos épocas de agitacion y de ruido: una cuando en la primavera de la edad recogen los obsequios que la sociedad las dirige, y otra cuando vuelven á recibirlos en la persona de sus hijas. La mamá de que vamos hablando, por las razones que quedan dichas, no habia tenido ocasion de disfrutar de aquella primera época; pero nada la impedia aprovecharse de la segunda. Y como es una observacion generalmente constante que el que ha sido viejo cuando joven, suele querer ser joven cuando llega á viejo, déjase conocer la buena voluntad con que aprovecharia la ocasion de rendir al mundo el tributo que tan sin su voluntad le habia negado un tiempo.

Escudada con el pretexto de la hija (que suele ser en madres verdes el salvo-conducto de su ridícula disipacion), halagada por la fortuna con una brillante posicion social, dueña absolutamente de su persona y de sus bienes, y todavía no maltratada por el medio siglo que disimulaba su espejo, trató de indemnizarse de las privaciones pasadas por las delicias presentes. Abrió su casa á la sociedad, y se relacionó con las mas elegantes de la córte; dió bailes y conciertos, visitó teatros, dispuso giras de campo y lucidas cabalgatas; observó hasta la estravagancia los mas estraños preceptos de la moda; y como esta lo autorizaba y su posicion lo permitia tambien, supo fijar al dorado carro de su triunfo, y disputar á su propia hija mil adoradores, que suspiraban por los bellos ojos de su bolsillo, y que ofuscados por su esplendor, sabian disimular sus postizos adornos, su incansable é insulsa locuacidad, su dominante altivez y sus voluntarios caprichos.

El tiempo, sin embargo, iba imprimiendo su huella cada dia mas hondamente en aquella agitada persona; pero ella, tenazmente sorda á sus avisos, disputaba paso á paso al viejo alado la victoria, en términos que á creerla, tenia el singular privilegio de caminar hácia su origen, porque si un año confesaba cuarenta, al otro no tenia mas que treinta y cinco, y al siguiente treinta y dos, hasta que se plantó en veinte y nueve, y ya no hubo forma de hacerla adelantar mas.

A la implacable rueda de las Parcas oponia ella las tigeras de la modista y la media caña del peluquero, y las preparaciones del quimico; allí donde anochece un diente de amarillento hueso, la industria corria presurosa á colocarla otro de oro purísimo y marfil; allí donde empezaba á amanecer la blanca cabellera, el arte sabia correr el denso velo de un elegante prendido.

... « ¿Quién hay que cuente los embelecos, los rizos, guedejas, moños que están diciendo: *Memento, calva, que ayer fuiste raso, aunque hoy eres terciopelo?* »

Ella, en fin, era un códice antiguo, cuidado y ameno encuadrado en magnífica cubierta; un cuadro del Ticiano restaurado por manos profanas; casco viejo y carenado, como aquel en que el inmortal Teseo marchó á libertar á los atenienses del tributo de Minos, del cual se cuenta que fue conservado por estos en señal de veneracion, reponiendo continuamente las piezas que se rompian, en términos que

despues de nueve siglos, siempre era el mismo, aunque habia desaparecido del todo.

No sin ocultos celos esta arrogante mamá veia crecer y desenvolverse diariamente las gracias de Margarita (que así se llamaba la niña), y mas de una ocasion llegó á disputarla, con grandes esfuerzos, tal cual conquista que ella habia hecho sin ninguno. Bien hubiera deseado ocultarla á los ojos del mundo, como un argumento vivo de su edad, ó como un formidable contraste de sus artificiales perfecciones; pero entonces se hubiera ella misma condenado á igual reclusion y silencio. Mas fácil era hacerla pasar por sobrina ó por hermana menor; afectar con ella la mayor familiaridad y renunciar á todo respeto; disminuir su brillantez con la sencillez de su traje; dejarla correr con sus amigas distinto rumbo y diversas sociedades, y evitar, en fin, todo término posible de odiosa comparacion.

Las consecuencias naturales de semejante sistema no se hicieron esperar por largo tiempo; desamparada la jóven de la tutela y del escudo maternal, entregó inadvertidamente su corazon al primer pisaverde que quiso recogerle, y le entregó con tal verdad, que haciendo frente á la terrible oposicion de la madre (que quiso entonces usar de un derecho á que ella misma habia renunciado con su conducta), é impulsada por el primer movimiento de su pasion, imploró la proteccion de las leyes para satisfacer su voluntad, contrayendo matrimonio con el susodicho galan. Y mientras esto sucedia, la mamá, libre ya absolutamente de toda traba y responsabilidad, se propuso dar rienda suelta á sus caprichos y disipacion, llegando á lograrlo en términos, que solo fue capaz de atajarla una aguda pulmonia, que supo aprovechar la ocasion de la salida de un baile, para llevarla aun cubierta de flores á las afueras de la puerta de Fuencarral.

III.

LA HIJA.

«Ya la notoriedad es el mas noble atributo del vicio, y nuestras Julias, mas que ser malas, quieren parecerlo.»

Jovellanos.

Dicho se está lo importante á par que difícil del acierto en la educacion de una mujer. Hemos visto en el ejemplo anterior las consecuencias de la escensiva suspicacia paterna y de la opresion conyugal; pero antes de decidirnos por el opuesto término, bueno será fijar la vista en sus naturales inconvenientes. Y las siguientes líneas van á ofrecernos una prueba mas de que así es de temer en la mujer el estremado rigor y la absoluta ignorancia, como la falsa ilustracion y una completa libertad.

Hemos dejado á Margarita en aquel momento en que colocada por su matrimonio en una situacion nueva, podia tomar su rumbo propio, y reducir á la práctica el resultado de su educacion y sus principios.

Poco queda que adivinar cuáles serian estos, si traemos á la memoria el ejemplo de la mamá, y las apasionadas exageraciones que no podria menos de escuchar de su boca, contra la rigida severidad de sus padres y de su esposo. Añádase á esto el continuo roce con lo mas disipado y bullicioso de la sociedad, las conversaciones balagüenas de los amantes, las pérfidas confianzas de las amigas, y la indiscreta lectura de todo género de libros; porque ya por entonces las jóvenes, á vuelta de las Veladas de la Quinta y la Pamela Andrews, solian leer la Presidenta de Turbel, y la Julia de Rousseau.

Por fortuna el carácter de Margarita era naturalmente inclinado á lo bueno, y ni las lecturas, ni el ejemplo, pudieron llegar á corromper su corazon hasta el extremo que era de temer; sin embargo, la

adulacion continuada hubo de imprimirla cierto sentimiento de superioridad y de orgullo, que veia celebrado con el título de «amable coquetería;» la irreflexion propia de su edad y de sus escasos conocimientos pudo á veces ofuscarla contra su propio interes; y esta misma veleidad y esta misma irreflexion fueron las que la guiaron, cuando desdeñando otros partidos mas convenientes, dió la preferencia al jóven que al fin llegó á llamarla su esposa.

Era este, á decir verdad, lo que se llama en el mundo una conquista brillante, muy á propósito para lisonjear el amor propio de Margarita. Jóven, buen mozo, alegre, disipador, sombra fatal de todos los maridos, grata ilusion de todas las mujeres, cierto que ni por su escasa fortuna, ni por sus ningunos estudios, ni por su carácter inconstante y altivo, parecia llamado á conquistar entre los demas hombres una elevada posicion social, y que hubiera representado un papel nada airoso en un tribunal ó en una academia; pero en cambio ¿quien podia disputarle la ventaja en un estrado de damas, siendo el objeto de su admiracion, ó cabalgando á la portezuela de un coche sobre un soberbio alazan? Estas circunstancias unidas á su buen decir, sus estudiados trasportes, y su tierna solicitud, fueron mas que suficientes para dominar un corazon infantil, y alejar de él toda idea de calculada reflexion.

Pudo, en fin, Margarita ostentár sujeto al carro de su triunfo aquel bello adalid, objeto de la envidia de sus celosas compañeras; pudo al fin pasear el Prado colgada de su brazo, llamarse con su apellido, y darle de paso á conocer á él mismo la superioridad á que le habia elevado, y el respeto y el amor que le exigia en justa retribucion.

Las primeras semanas no tuvo, por cierto, motivo alguno de queja de parte de su esposo, antes bien calculando por ellas, no podia menos de prometerse una existencia de contentos y de paz. Siguiendo en un todo las máximas de la moda, ella era la que recibia las visitas, ella la que ofrecia la casa, ella la que reñia á los criados, ella la que disponia los bailes, ella la que presentaba al esposo á la concurrancia, ella, en fin, la que dominaba en aquella voluntad en otro tiempo tan altiva.

Entre tanto la suya se conservaba perfectamente libre, sin que ninguna observacion, ni la mas mínima queja vinieran á turbar aquella aparente felicidad. Margarita (en uso de los derechos que nuestra moderna sociedad concede tan oportunamente á una mujer casada) pudo desde el siguiente dia de su matrimonio entrar y salir cuando la acomodaba, recorrer las calles sin compañía, visitar las tiendas, pasear con las amigas á larga distancia del marido; pudo conversar con todo el mundo con mayor familiaridad y descoco, y dar á sus discursos cierto colorido mas espresivo y malicioso; ningun capricho de la moda, ninguna estravagancia del lujo estaban ya vedadas á la que podia titularse señora de su casa; y cuando á vuelta de pocas semanas advirtió ó creyó advertir los primeros síntomas de su futura maternidad.... ¡oh! entonces ya no hubo género de impertinencia que no estuviese en el orden, capricho que no se convirtiese en necesidad.

Llegó, en fin, despues de nueve meses de sustos y sinsabores, el suspirado momento del parto... ¡Santo Dios! todo el colegio de San Cárlos era poco para semejante lance... pero en fin, la naturaleza, que sabe mas que cien doctores, no quiso que estos se llevasen la gloria de aquel triunfo, y antes que ellos acudiesen á estorbarla, salió á luz un primoroso pimpollo de muchacho, que fue recibido con sendas aclamaciones de toda la familia; y reconocido y bien manoseado por una vecina vieja, se vió saludado por ella con aquel apóstrofe de costumbre; — «Clavadito al padre, bendigale Dios.»

Al siguiente día se celebró el bateo con toda solemnidad, y ya de antemano habían mediado acaloradas disputas sobre el nombre que le pondrían al muchacho; volviéronse á renovar aquella noche, y toda ella la pasaron el papá y la mamá haciendo calendarios, pues que el comun ya no sirve sino para gentes añejas de suyo, retrógradas y sin pizca de ilustracion. Bien hubiera querido el papá, á quien alguna cosa se le alcanzaba de historia, haber impuesto al jóven infante algun nombre sonoro y de esperanzas, como Escipion ó Epaminondas, mas por qué tanto la mamá aborrecia de muerte á griegos y romanos, y estaba mas bien por los Ernestos y los Maclovios, y otros nombres así, cantábiles, mantecosos, y que naturalmente llevan consigo mayor sentimentalismo ó idealidad. Y como en casos semejantes la influencia femenil raya en su mayor altura, no hay necesidad de decir mas, sino que Margarita consiguió su deseo, y que el chico fue inaugurado con el fantástico nombre de *Arturo*.

El amor maternal es un sentimiento tan grato de la naturaleza que cuesta mucho trabajo á la sociedad el contrariarle; así que nuestra jóven mamá en los primeros momentos de su entusiasmo, casi estuvo determinada á criar por sí misma á su hijo, y como que sentia una nueva existencia al aplicarle á su seno y comunicarle su propio vivir; pero la moda, esta deidad altiva, que no sufre contradicción alguna de parte de sus adoradores, acechaba el combate interior de aquella alma agitada, y apareciendo repentinamente sobre el lecho, mostró á su esclava la seductora faz, y con voz fuerte y apasionada: — ¿Qué vas á hacer (la dijo), jóven deidad, á quien yo me complazo en presentar por modelo á mis numerosos adoradores? ¿vas á renunciar á tu libre existencia, vas á trocar tus galas y tus tocados, tus fiestas y diversiones, por esa ocupacion material y mecánica, que ofuscando tu esplendor presente, compromete tambien las esperanzas de tu porvenir? ¿Ignoras los sinsabores y privaciones que te aguardan, ignoras el ridículo que la sociedad te promete, ignoras, en fin, que tu propio esposo acaso no sabrá conciliar con tu esplendor ese que tú llamas imperioso deber, y acaso viendo marchitarse tus gracias?....»

— «No digas mas,» prorumpió agitada Margarita, «no digas mas;» — y la voz de la naturaleza se ahogó en su pecho, y el eco de la moda resonó en los mas recónditos secretos de su corazon.

Impulsada por este movimiento, tira del cordon de la campanilla, llama á su esposo, el cual sonríe á la propuesta, y conferencia con ella sobre la eleccion de madre para su hijo. Cien groseras aldeanas del valle de Pas vienen á ofrecerse para este objeto; el facultativo elige la mas sana y robusta; pero la mamá no sirve á medias á la moda, y escoge la mas linda y esbelta; al momento truécanse su grosero zagalejo en ricos manteos de alepin y terciopelo con franja de oro; su escaso alimento, en mil refinados caprichos y voluntariosos antojos, y cargada con la dulce esperanza de una elegante familia, puede pasearla libremente por calles y paseos, y retozar con sus paisanos en la Virgen del Puerto, y disputar con sus compañeras en la plazuela de Santa Cruz.

De esta manera pudo ser madre Margarita, y multiplicar en pocos años su descendencia, llenando la casa de Carolinas y Rugeros, Amalteas y Pharamundos, con otros nombres así, desenterrados de la edad media, que daban á la familia todo el colorido de una leyenda del siglo x. Y hasta en esto se parecia la casa á los dramas modernos, en que no había unidad de accion; porque el papá, la mamá y los niños formaban cada uno la suya aparte, tan independiente y sin relacion, que seria de todo punto imposible el seguir simultáneamente su marcha.

Porque si nos empeñásemos en seguir al papá, le

veríamos ya desdeñando la compañía de su esposa como cosa plebeya y anticuada, abandonar día y noche su casa, correr con otros calaveras los bailes y tertulias, sostener la mesa del juego, proseguir sus conquistas, entablar y dirigir partidas de caza y viajes al extranjero, y afectar con su esposa una elegante cortesania; entrar á visitarla de ceremonia, y rara vez, ó saludarla cortesmente en el paseo, ó subir á su palco en el entreacto de la ópera.

La esposa por su lado nos ofreciera un espectáculo no menos digno de observar; ocupada gran parte de la mañana en debatir con la modista sobre la forma de las mangas ó el color del sombrero, entregada despues en manos de su peluquero mientras hojeaba con interes el *Courrier des Salons* ó el último cuento filosófico de Balzac, el resto del día le empleaba en recibir las visitas de aparato, en murmurar con las amigas de las otras amigas, en escuchar los amorosos suspiros de los apasionados, y aunque riendo de ellos en el fondo de su corazon, ostentárs á su lado en el paseo, en la tertulia, en el teatro; y vivir, en fin, únicamente para el mundo exterior, representando no sin trabajo el difícil papel de dama á la moda.

Fina y delicada es la observacion que nuestro buen Jovellanos consignó en el bellissimo terceto que arriba queda citado: la moda y los preceptos del gran mundo obligan á muchas mujeres á aparentar lo que no son, al paso que el orgullo y el amor á la independencia suelen á veces ser los escudos de la virtud, si es que sea virtud aquella tan disfrazada que procura ocultarse á los ojos del mundo, y fingir abiertamente un contrario sistema. Grande error es en la mujer no tomar en cuenta las apariencias, pues las mas veces suele juzgarse por estas, y como no todos leen en el interior de su corazon, no todos llegan á distinguir la realidad de la ilusion, la consecuencia del vicio, de la que solo es nacida del imperio de la moda. Y aunque se me moteje de la manía de estampar citas, no quiero dejar de hacerlo aquí con unos bellisimos versos de Tirso de Molina que espresan este pensamiento.

«La mujer en opinion
mucho mas pierde que gana,
pues son como la campana,
que se estiman por el son.»

IV.

LOS NIETOS.

Margarita tenia, como queda dicho, un corazon excelente, amaba á su marido y á sus hijos, y mas de una vez hubiera deseado disfrutar con ellos de aquella paz doméstica, única verdadera en este mundo engañador; pero el ejemplo de su esposo por un lado, la adulacion por otro, triunfaban casi siempre de aquellos sentimientos, y á pesar suyo veíase arrastrada en un torbellino de difícil salida.

Para conservar lo que ella llamaba su independencia, y que mas pudiéramos apellidar vasa laje de la moda, había apartado de su lado á los dos únicos niños que la quedaban, Arturo y Carolina, colocándoles en elegantes colegios, donde pudiesen aprender lo que ahora se enseña. De esta manera se privó voluntariamente de los puros placeres de la maternidad, y sus propios hijos, cuando por acaso solian verla, la miraban con la estrañeza y cumplido que era consiguiente.

No paró aquí su desconsuelo; el esposo, que hasta allí había dado libre rienda á sus caprichos sin fijarse en ninguno, llegó á apasionarse verdaderamente de otra mujer, y á hacer sentir á la propia toda la inconveniencia de su existir. Margarita, por el extremo contrario, ó sea que la edad fuese desmenujándose en ella sus inclinaciones racionales, ó fuese el sentimiento natural de verse suplantada por otro amor,

vió renovarse en su corazón el que le inspiraba su esposo. Este por su parte, para librarse de sus importunidades, la echó en cara su dispacion y ligereza anterior, el abandono de sus hijos, las injurias que la edad y la tristeza imprimieran en su semblante, y en fin, no pudiéndose resignar á esta continua reconvenccion, huyó del lado de su esposa, dejándola abandonada á su desesperacion y á sus remordimientos.

Quedóla, pues, por único consuelo el cariño de sus hijos; pero estos apenas la conocian ni la debian nada, y por consecuencia no la tenian amor. Por otro lado, educados con aquella independencia y descuido, era ya difícil variar sus primeras inclinaciones, darles á conocer sus mas sólidas ideas.

Arturo era ya un muchacho fátuo y presumido, charlatan y pendenciero, que saludaba en frances, cantaba en italiano, y escribía á la inglesa; que hablaba de tú á su mamá, y terciaba en todas las conversaciones; que huía de los muchachos, y los hombres huían de él; que retozaba con las criadas, y alborotaba en los cafés, y bailaba en Apolo, y fumaba en el Prado, y en todas partes era temido por su insoportable fatuidad.

Carolina era una niña prematura, apasionada y tierna por extremo, que lloraba sin saber por qué, y se miraba al espejo, y dormía los ojos, y hablaba con él, y chillaba al ver un raton, y aplaudía en los dramas la escena del veneno, y se enamoraba de las estampas de los libros, y se ponía colorada cuando la hablaban de muñecas y bordados, y cantaba con expresion el *tenero ogetto* y el *morir per te*.

Margarita vió entonces de lleno todo el horror de su situacion, y tembló por ella misma y por sus hijos. Vió en Arturo una fiel continuacion de la imprudencia de su esposo; vió en Carolina un espejo fiel de su propia imprudencia; se vió ella misma víctima del ejemplo de su madre, modelo que dejaba á sus hijos; y no pudiendo resistir á esta terrible idea, sucumbió de allí á poco, dejándolos abandonados en el mar proceloso de la vida.

La sociedad, empero, recogió su herencia, la inspiró sus ideas, la comunicó sus ilusiones, y como habia modelado á la abuela y á la madre, modeló tambien á los nietos, y estos servirán de fiel continuacion de aquel drama, y no hay que dudarle, lo que fué *antes*, y lo que es *ahora*, eso mismo será *despues*.

(Diciembre de 1837.)

REQUIEBROS DE LAVAPIÉS.

(EN ROMANCE.)

ASOMA, estrella del barrio,
á esa ventana rasgada
y oirás cómo un manolo
sabe espresarse cuando ama.

Verás por tus propios ojos,
oirás con tus orejas,
olerás con tus narices
y tentarás con tus palmas,
Cómo mi frente se arruga,
cómo mi lengua se traba,
cómo mi pecho padece,
cómo se agita mi alma,
Cuando con aire de taco
pones los brazos en jarras,
cuando cruzas la mantilla
ó echas un voto de marca.

¡ Oh, bien haya el que á su lado
te tenga un rato sentada;
Quién te cogiera una liga
ó te rascase la caspa!

¿ Por qué, dime, infiel manola,
por qué, dime, fiera Paca,
te huelgas con mis suspiros
y te ries de mis ansias?

¿ Es acaso por el chirlo
que me divide la cara,
por lo poco que cojeo,
ó porque un ojo me falta?

Advierte que estas señales
pruebas son de mis hazañas,
que ha cantado en estos barrios
la trompeta de la fama.

¿ No soy aquel temeron
cuya historia se relata
desde el campo de Manuela
hasta la costa africana?

¿ No soy aquel cuyas glorias
en nobles versos ensalzan
todos los ciegos al son
de destemplada guitarra?

¿ No soy aquel que los hombres
supo humillar á sus plantas
dispensando á las mujeres
mi proteccion soberana?

¡ Cuántas me hicieron favor!
¡ Cuántas me dieron las gracias,
y aumentaron mis trofeos
con el brillo de su fama!

Mas... ¿ qué digo? tú tambien
ora tan fiera y tirana,
hubo un tiempo... ¿ no te acuerdas?
en que dijistes me amabas.

Y aquel tiempo ya pasó...
¿ Mas por qué ha pasado, ingrata?
¿ qué causas te pude dar
para tan fiera mudanza?

Culpa de un garrote fue;
mas ¿ qué son, prenda adorada,
entre dos que bien se quieren
tres palizas por semana?

Fantasías juveniles,
celos, propios de quien ama,
mi osada mano impelieron
contra tus dulces espaldas.

Ya la razon me templó;
ya no soy celoso, Paca,
ya la mano que pecó
quiere reparar sus faltas;

Seis años de esposa dura
le hacen desear la blanda;
hierros borraron sus yerros
y amansaron su pujanza.

Héme, que ya arrepentido
torno á humillarme á tus plantas
en demanda de aquel sí
que el amante pecho aguarda.

Tus gracias y mi valor
formen de hoy mas alianza
y naveguemos unidos
del mundo en la frágil barca.

Mis facultades son pocas,
mas ya te dice la fama
que serán las que quisiere
poniéndome donde lo haya.

Lo que mi mano conquiste,
lo que conquisten tus gracias,
disiparase en meriendas,
toros, calesas y zambas,

Con lo cual, y mi respeto,
verás que todos te aclaman
por reina de Lavapiés
y por Diosa de las gracias.

Yo en tanto al pie de tu altar,
sin escuchar sus plegarias,
me haré cargo del tributo

que brinde amor á tus plantas.

Tú, dueña de tu albedrío,
de la noche á la mañana
modelarás tus acciones
como quieras modelarlas.

Yo llevaré la razon
de las salidas y entradas,
y jamas, te lo prometo,
querré terciar con mi baza.

Antes bien tendré por dicha
si tras de aquellas andanzas
te acuerdas que solitario
te espera tu esposo en casa,

Y vuelves á su cariño
despues de matar cien almas
desde la *red de San Luis*
á la *plaza de Santa Ana*.

O si no quieres casarte,
abre esa puerta, tirana,
y hazme tan solo un favor,
que no quedarás burlada;

Porque aquí con estos trapos
y debajo de esta capa
todavía queda un *duro*
para premiar tanta gracia.

Esto decia el *Zurdillo*
á la puerta de la *Paca*;
pero era hablar á los vientos,
porque ella no estaba en casa.

UNA NOCHE DE VELA.

I.

EL ENFERMO.

¡Oh variedad comun, mudanza cierta!
¿quien habrá que en sus males no te espere,
quien habrá que en sus bienes no te tema?

Argensola.

Doy por supuesto que todos mis lectores conocen lo que es pasar una noche en un alegre salon, saboreando las dulzuras del Carnaval, en medio de una sociedad bulliciosa y partidaria del movimiento; quiero suponer que todos ó los mas de ellos comprenden aquel estado feliz en que constituyen al hombre la grata conversacion con una linda pareja, el ruido de una orquesta armoniosa, el resplandor de la brillante iluminacion, la risa y algarazara de todos aquellos grupos, que se mueven, que se cruzan, que se separan, y que luego se vuelven á juntar. Quiero igualmente sospechar, que concluido el baile y llegada la hora fatal del desencantamiento, alguno de los concurrentes lleno el corazon de fuego y la cabeza de magnificas ilusiones, reconcentrado su sistema vital en el interior de su imaginacion, no haya hecho alto en la esterioridad de su persona; no haya reparado en la humedad de su frente, en la dilatacion de sus poros, en el ardor exagerado de su pulmon; y que tan solo ocupado en sostener una blanca mano para subir á un coche, ó en aguardar el turno para reclamar su capa en un frio callejon, apenas haya reparado que el sudor del rostro se ha enfriado, que su voz se ha enronquecido, que su pecho y su cabeza van adquiriendo por momentos cierta pesadez y mal estar.

Doy por supuesto que el tal, de vuelta á su casa, sienta unos amables escalofrios amenizados de vez en cuando con una tosecilla seca, sendos latidos en las sienes, y un cierto aumento de gravedad en la parte superior de su máquina, que apenas le permite tenerse en pie. Quiero imaginar que le asalten las primeras sospechas de que *está malo*; y que tiene que

transigir por lo menos con una fuerte constipacion; que se mete en la cama, donde le coje un involuntario y frio temblor, y luego un ardor insoportable; pero se consuela con que, merced á un vaso de limonada ó un benéfico sudor, bien podrá estar á la noche en disposicion de repetir la escena anterior. Supongo por último que esta esperanza se desvanece; pues ni el sudor ni el sosiego son bastantes á devolverle la perdida salud, con lo cual, y sintiéndose de mas en mas agravado, hace llamar á su médico, quien despues de echarle un razonable sermon por su imprudencia, le dice que guarde cama, que se abstenga de toda comida, y que beba no sé qué brebajes purgativos, intermediados de cataplasmas al vientre, y realizado el todo con sendos golpes de sanguijuelas donde no es de buen tono nombrar. Remedios únicos en que se encierra el código de la moderna escuela facultativa; y que parecen ser la *panacea* universal para todos los males conocidos.

Pues bien; despues de supuesto todo ello, quiero que ahora supongan mis lectores, que el sugeto á quien acontecia aquel desman era el condesito del Tremedal, sugeto brillante por su ilustre nacimiento, sus gracias personales, su desenfadada imaginacion y una cierta fama de superioridad, debida á las conquistas amorosas á que habia dado fin y cabo en su magestuosa carrera social. Cualidades eran estas muy envidiables y envidiadas; pero que para el paso actual no le servian de nada, preso entre vendas y ligaduras, inútil y agobiado, ni mas ni menos que el último parroquiano del hospital.

Mediaba sin embargo alguna diferencia en la situacion exterior de nuestro conde, si bien su naturaleza interior revelaba en tal momento su completa semejanza con los seres á quienes él no hubiera dignado compararse. Hallábase, pues, en su casa, asistido mas ó menos cuidadosamente, en primer lugar por su esposa, jóven hermosa y elegante, de veinte y cuatro abriles, que si no recordaba á Artemisa, por lo menos era grande apasionada de las heroínas de Balzac.

Luego venia en la série de sus *veladores* un íntimo amigo, un tercero en concordia de la casa; militar cortesano; cómplice en las amables calaveradas del esposo; encargado de disimular su infidelidad y tibieza conyugal; de suplir su ausencia en el palco, en el salon, en las cabalgatas; depósito de las mútuas confianzas de ambos consortes, y mueble, en fin, como el lorito ó el galgo ingles, indispensable en toda casa principal y de buen tono.

En segundo término del cuadro, ofreciase á la vista una hermana solterona del conde, que segun nuestras venerandas sábias leyes, estaba destinada á vejetar honestamente, por haber tenido la singular ocurrencia de nacer hembra, aunque fruto de unos mismos padres, é igual á su hermano en sangre y derechos naturales. Añádase á esta injusticia de la ley, la otra injusticia con que la naturaleza la habia negado sus favores, y se formará una idea aproximada de la cruel posicion de esta indefinida vírgen, con treinta y dos años de expectativa, y dotada ademas de un gran talento, que no sé si es ventaja al que nace infeliz y segundon. En compensacion, empero, de tantos desmanes, todavía podia alimentarse en aquel pecho alguna esperanza, hija de la falta de descendencia del conde, esperanza no muy moral en verdad, pero lo suficientemente legal para prometerse algun día ocupar un puesto distinguido en la sociedad.

Rodeaban, en fin, el lecho del enfermo varios parientes y allegados de la casa. — Una tia vieja, viuda de no sé qué consejero, y empleada en la real servidumbre; archivo parlante de las glorias de la familia; cadáver embalsamado en almizcle; figura de cera y de movimiento; tradicion de la antigua aristocracia castellana; y ceremonial formulado de la etiqueta

palaciega.—Un ayuda de cámara, secretario del secreto del señor conde, su confidente y particular favorito para todas aquellas operaciones mas allegadas á su persona.— Varias amigas de la condesa y de su cuñada, muchachas de humor y de travesura, con sus puntas de coquetería.—Un vetusto mayor domo disecado en vivo, vera efigies de una cuenta de quebrados; con su peluca rubia, color de oro; su pantalón estrecho como bolsillo de mercader; su levita de arpillera; su nudo de dos vueltas en la corbata; el puño del baston en forma de llave; los zapatos con hebilla de resorte; un candado por sellos en el reloj, y este sin campanilla, de los que apuntan y no dan; persona, en fin, tan análoga á sus ideas, que venia á ser una verdadera formulacion de todas ellas, un compendio abreviado de su larga carrera mavordomil.

El resto del acompañamiento componianle tal cual elegante doncel que aparecia de vez en cuando para informarse de la salud de su amigo el condesito; tal cual vecina charlatana y entrometida que llegaba á tiempo de proponer un remedio milagroso, ó verter una botella de tisana, ó destapar distraida un vaso de sanguijuelas; el todo amenizado con el correspondiente acompañamiento de médicos y quirúrgicos; practicantes y gentes de ayuda; criados de la casa, porteros, lacayos, niños, viejas y demas del caso.

¡Ah! se me había olvidado; allá en lo mas escondido de la alcoba, como el que se aparta algunos pasos de un cuadro para contemplar mejor su efecto de luz, se veia un hombre sério, triste y meditabundo, que apenas parecia tomar parte en la accion, y sin embargo moderaba su impulso; el cual hombre, segun lo que pudo averiguarse, era un antiguo y sincero amigo de la familia, á quien el padre del conde dejó encomendado este al morir; que le queria entrañablemente; pero que mas de una vez llegó á serle enojoso con sus consejos francos y desinteresados; pero en aquella ocasion el pobre enfermo se hallaba naturalmente mas inclinado á él, y no una vez sola, despues de recorrer la desencajada vista por todos los circunstantes, llegaba á fijarla largo rato en aquella misteriosa figura, la cual correspondia á su mirada con otra mirada, y ambas venian á formar un diálogo entero.

II.

JUNTA DE MÉDICOS.

Era, segun los cómputos facultativos, el sétimo dia, digo mal, la séptima noche de la enfermedad del conde. Su gravedad progresiva habia crecido hasta el punto de inspirar serios temores de un funesto resultado. El médico de la casa habia ya apurado su ordinaria farmacopea, y temeroso de la grave responsabilidad que iba á cargar sobre su única persona, determinó repartirla con otros compañeros que, cuando no á otra cosa, viniesen á atestiguar que el enfermo se habia muerto en todas las reglas del arte. Para este fin propuso una junta para aquella noche, indicacion que fue admitida con aplauso de todos los circunstantes, que admiraron la modestia del proponente, y se apresuraron á complacerle.

Designada por el mas antiguo en la facultad la hora de las ocho de aquella misma noche para verificar la reunion, viéronse aparecer á la puerta de la casa, con cortos minutos de diferencia, un *birlocho* y un *bombé*, un *cabriolé* y un *tilbury*; ramificaciones todas de la antigua familia de las *calesas*, y representantes en sus respectivas formas del progreso de las luces, y de la marcha de este siglo correton.

Del primero (en el orden de antigüedad) de aquellos cuatro equipajes, descendió con harta pena un vetusto y cuadrilátero doctor, hombre de peso en la facultad, y aun fuera de ella; rostro fresco y sonro-

sado, á despecho de los años y del estudio, barriga en prensa y sin embargo fiera; traje simbólico y anacronímico, representante fiel de las tradiciones del siglo XVIII, baston de caña de Indias de tres pisos, con su puño de oro macizo y refulgente; y gorro, en fin, de doble seda de Toledo, que apenas dejaba divisar las puntas del atuado y grasiento peluquin.

Seguia el del *bombé*; estampa grave y severa; ni muy gorda, ni muy flaca, ni muy antigua, ni muy moderna; frente de duda y de reflexion; ni muy calva ni con mucho pelo; ojo anatómico y analítico; sencillo en formas y modales como en palabras; traje cómodo y aseado, sin afectacion y sin descuido; sin sortija ni baston, ni otro signo alguno exterior de la facultad.

El *cabriolé* (que por cierto era alquilado), produjo un hombre chiquitillo y lenguaraz, azogado en sus movimientos é interminable en sus palabras; descuidado de su persona; con el chaleco desabotonado, la camisola entreabierta, é inclinado hácia el pescuezo el lazo del corbatin. Este tal no llevaba guantes para lucir cinco sortijas de todas formas, y su correspondiente baston, con el cual aguijaba al caballero (que por supuesto no era suyo), y llegado que hubo á la casa, saltó de un brinco á la calle, y subió tres á tres los peldaños de la escalera.

El cuarto carruaje, en fin, el *tilbury*, lanzó de su seno un elegante y apuesto mancebo, cuyos estudiados modales, su fino guante, sus blancos puños, su bien cortada levita, elaseo y primor, en fin, de toda su persona, representaba al físico viajador, culto y sensible, el médico de las damas; su semblante juvenil, sobradamente severo para su edad, revelaba el deseo de sobreponerse á ella, afectando un sí es no es de gravedad científica y de profunda reflexion que no decia bien con el complicado nudo de su corbata; si bien su mirar profundo y animado, daba luego á conocer un alma bien templada para el estudio y entusiasmo para la idea de un glorioso porvenir.

Despues del reconocimiento y de las preguntas de estilo, á que contestaba como sustentante el médico de cabecera, quedaron, pues, los cinco doctores instalados en un gabinete inmediato para tratar de escogitar los medios de oponerse al vuelo de la enfermedad. Animados por este filantrópico deseo, la primera diligencia fue pasar de mano en mano petacas y tabaqueras, hasta quedar armónicamente convenidos, cuál con un purísimo cigarro de la Habana; cuál con un abundante polvo de aromático rapé.

El primer cuarto de hora se dedicó, como es natural, á pasear el discurso sobre varias materias, todas muy interesantes y oportunas; tales como la rigidez del invierno, las muchas enfermedades y la aperreada vida que con tal motivo cada cual decia traer. Allí era el oír asegurar á uno que á la hora presente llevaba ya arrancadas catorce victimas á las garras de la muerte; allí el afirmar muy seriamente otro que aquella noche habia estado de parto; cuál limpiándose el sudor repetia el discurso que acababa de pronunciar en una junta, cuál otro metia prisa á los demas por tener, segun decia, que contestar á cuatro consultas por el correo.

Despues de compadecerse mutuamente, entraron luego á compadecerse de sus caballos y de sus miseros carruajes, amenizando el diálogo con la historia de sus compras, cambios y composturas, y el interesante presupuesto de sus gastos; y de aquí vino á rodar el discurso sobre el obligado clamor de la escasez de los tiempos, y las malas pagas de los enfermos que sanaban, y el escaso agradecimiento de los que morian. A propósito de esto, tomó la palabra el rostriseco, y habló de las elecciones, y analizó largamente los últimos partes del ejército, á que contestaron los demas con la mudanza del ministerio, y el resultado de la última interpelacion.

Después de haber discurrido largamente por estos alrededores de la facultad, pensaron que sin duda sería ya tiempo de entrar de lleno en ella, y empezaron á disertar sobre la causa posible de las enfermedades, colocándola unos en el estómago, otros en la cabeza, cuál en el hígado, y cuál en el tobillo del pie.

Aquí hubo aquello de defender cada cual su sistema médico favorito, y se declaró el viejo fiel partidario de los antiguos aforismos, y del tónico método de Juan Brown; á lo que contestó el sério con toda una exposición del sistema fisiológico, y del tratamiento antiflogístico y de la dieta de Broussais. Replicó el tercero (que era el pequeño) con una descarga cerrada de burlitas y sinrazones contra todos los antiguos y futuros sistemas, diciendo que para él la medicina era una adivinanza hija de la casualidad y de la práctica; y que solo empíricamente podía curarse, por lo cual no admitía sistema fijo, y que si tal vez se inclinaba á alguno, parecía mejor que ningun otro el de Mr. Le-Roy, por lo heróico y resolutivo de su procedimiento. Una ligera sonrisa de desden que se asomó á los labios del físico elegante, bastó para dar á conocer la superioridad en que se colocaba á sí mismo sobre todos sus compañeros, si al mismo tiempo no hubiera querido consignarla con la palabra, esponiendo científicamente los errores de los diversos sistemas anteriores, y la filosofía de un nuevo descubrimiento á que él como jóven se hallaba naturalmente inclinado, esto es, la medicina *homeopática* del doctor *Hannemann*.

Aquí soltó el viejo una carcajada, y el chiquito lanzó varios epigramas sobre el sistema de curar las enfermedades con sus semejantes, preguntándole si como decía Talleyrand, acostumbraba cortar la pierna buena para curar la mala, con otras sandeces que irritaron la bilis del homeopático y descargó una furibunda filípica contra los charlatanes que, según dijo, deshonraban la noble ciencia de Esculapio; á lo cual el Brusista trató de aplicar sus emolientes, y el antiguo Galeno dar un nuevo tono á la desentonada conversacion.

En esto uno de los circunstantes (que sin duda debió ser el adusto incógnito de que antes hicimos mencion) tuvo la descortesía de abrir despacito la vidriera del gabinete, para advertir á aquellos señores que el pobre enfermo se agravaba por instantes, y preguntarles si habian acordado á buena cuenta alguna cosa que poder aplicarle, mientras llegaba la resolución formal de aquella cuádruple alianza.— Los doctores quedaron como embarazados á tan exótica demanda; pero, en fin, salieron de ella diciendo: que hiciesen saber al enfermo que tuviese un poquito de paciencia para morir; porque ellos á la sazón estaban formalmente ocupados en salvarle, y mientras tanto que esto hacían, formaban sinceros votos por su alivio, y sentían hácia su persona las mas fuertes *simpatías*. Con lo cual el interpelante volvió á retirarse á comunicar al enfermo tan consoladora respuesta.

Declarado el punto suficientemente discutido respecto al diagnóstico y el pronóstico, vinieron, por fin, á proponer la curacion, y fiel cada cual á sus respectivos métodos, indicaron, el Brownista un tónico *recípe* de treinta y dos ingredientes entre sólidos y líquidos; pero con la condicion de tenerlo todo cuarenta y ocho horas en infusion, y que se habia de hacer precisamente en la botica de la calle de... y entre tanto que la muerte tuviese la bondad de aguardar.—El alumno de Broussais sostuvo que á beneficio de seis docenas de sanguijuelas y cuatro sangrías se cortaría el mal, y que para sostener las fuerzas del enfermo no habia inconveniente en administrarle de vez en cuando algun sorbo de agua engomada, ó un azucarillo.—El *homeopático* puso á discusion la apli-

cacion de la vigesimillonésima parte de un grano de arena, disuelto en tinaja y media del agua del Rhin, con lo cual se habian visto pasmosas curaciones en el hospital de Meckelbourg-Strelitz.—El *empírico*, en fin, propuso que el enfermo se levantara y saliese á paseo, tomando únicamente de dos en dos horas catorce cucharadas del vomitoni-purgui-velocifero de *Le-Roy*.

Dejo pensar á mis lectores la impresion que semejantes propuestas harian respectivamente en el ánimo de todos los doctores; por último, viendo que ya era pasada la hora, y que otros mil enfermos reclamaban el auxilio de su ciencia, convinieron en que, supuesto que el médico de cabecera habia seguido su sistema con este parroquiano, cada uno continuase haciendo lo propio con los suyos; con que, después de acordar por la forma unos nuevos sinapismos y no sé qué purga, decidieron unánimemente que sería bueno que el enfermo fuese preparando sus papeles, por si acaso le tocaba marchar en el próximo convoy; todo lo cual dijeron con aire sentimental á aquel señor feo de cara de que queda hablado; y después de asegurarle del profundo acierto con que el médico de la casa dirigia la curacion, recibieron de manos del mayordomo sendos doblones de á ocho, y marcharon contentos á continuar sus graves ocupaciones.

III.

EL TESTAMENTO.

Aquella noche, como la mas decisiva é importante, se brindaron á quedarse á velar al enfermo casi todos los interlocutores de que queda hecha mencion al principio de este artículo; y convenidos de consuno en reconocer por *gefe de la vela* al severo anónimo, pudo este dar sus disposiciones para que cada uno ocupase su lugar en aquella terrible escena. Hizose, pues, cargo del improvisado botiquin, que en multitud de frascos, tazas y papeletas se ostentaba armónicamente sobre mesas y veladores; clasificó con sendos rótulos la oportunidad de cada uno; dió cuerda al reloj para consultarle á cada momento, y escribió un programa formal de operaciones, desde la hora presente hasta la salida del sol.

La vieja tia, por su parte, envió á su lacayo por la escofieta y el manton, y sacó de su bolsa un rosario de plata cargado de medallas, y un elegante libro de meditacion, encuadernado por Alegria. La juventud de ambos sexos, dirigida por el amable militar, se encargó de distraer á la condesita y su hermana, llevándoselas al efecto á un apartado gabinete, donde para enredar las largas horas de la noche y conjurar el sueño, improvisaron en su presencia una modesta partida de *ecarté*. El mayordomo, el ayuda de cámara, acompañados de la turba de familiares, quedaron en la alcoba á las órdenes del gefe de noche, para alternar armónicamente en la vela.

Todo estaba previsto con un orden verdaderamente admirable; cada cual sabia por minutos la serie de sus obligaciones, y durante la primera hora todo marchó con aquella armonía y compás con que suelen las diversas ruedas y cilindros de una máquina al impulso del agente que los mueve. La vieja rezaba sus letanias, y aplicaba reliquias y escapularios á la boca del enfermo; el mayordomo recibia de manos de los criados las medicinas, y las pasaba al ayuda de cámara, el cual las hacia tomar al paciente; uno volvía á este en su lecho, otro ahuecaba las almohadas y estendia los sinapismos; el incógnito, en fin, velaba sobre todos, y corria de aquí para allí para que nada faltase á punto.

Entre tanto en el gabinete del jardin el alumno de Marte redoblaba sus agudezas para distraer á las señoras; aplicaba bálsamos confortantes á las sienes de la condesita, sostenia los almohadones, y de paso,

la cabeza que en ellos se apoyaba, y con el noble pretexto de evitar un acceso nervioso, tenía entrambas manos fuertemente estrechadas en las sùvas.

De pronto un fuerte desmayo acomete al enfermo; suenan voces y campanillas; y los que jugaban en el gabinete, y los que charlaban en la sala, y los mozos que dormían en los colchones improvisados, todos se mueven apresurados, y corren á la alcoba. El enfermo, sostenido por su buen amigo, yace desfallecido é inerte; los circunstantes prorumpen en diversas exclamaciones.—«¡ El médico, llamar al médico! » —«¡ El confesor! —¡ El escribano! »

Cuál saca un pomo de éicali y casi se lo introduce por la nariz; cuál acude diligente con una estopa encendida para aplicársela á las sienes; este le frota los pulsos con *agua balsámica de la Meca y espuma de Venus* que encuentra en el tocador de la señora; aquel va á la cocina por vinagre, y viene diligente á rociarle la cara con el aderezo completo de la ensalada. Entre tanto las mujeres chillan.—¡ Pobrecito! —¡ Se ha muerto! —Los hombres imponen silencio á voces.—La vieja reza en alto un latin que no entendiera el mismo San Gerónimo.—La señora se desmaya y cae redonda... en un mullido sofá.

El peligro y atención se dividen entonces; los unos abandonan al conde; los otros corren á la condesa; los agudos chillidos de esta despiertan, en fin, á aquel de su letargo; abre los desencajados ojos; mira en derredor de sí, y se ve rodeado de figuras angustiosas, que le miran va como cosa del otro mundo, y empiezan á contemplarle con aquel silencioso respeto con que se contempla á un cadáver.

Allá en el fondo, y detras de aquellos grupos misteriosos, se deja ver un hombre melancólico y de mirar sombrío, que aparece allí como el precursor de la muerte, como el avanzado portero de las puertas de la eternidad. Aquel hombre siniestro habia sido introducido con precaucion en la alcoba por el viejo mayordomo, que hablaba con él en voz baja, despues de haber dicho dos palabras al oido de la señora, y hecho tres profundas cortesías á la hermana del conde.

Algun tanto despejado ya este, no sé bien si por prudencia ó por precepto, fueron desapareciendo de la alcoba todos los circunstantes, á escepcion del gefe de la vela, el mayordomo y su misterioso compañero.

—Aquí tiene usía, señor conde, á nuestro honrado secretario el señor don *Gestas de Uñate*, que viene á informarse de la salud de usía, y de paso á saber si á usía se le ofrece alguna cosa en que pueda complacerle.

—¡ Ay Dios! (exclamó el conde). ¡ El escribano! me muero sin remedio.

—¿ Quién dice tal cosa, señor conde? (interrumpió el escribano) yo solo vengo á ley de buen servidor de usía á ponerme á sus órdenes y ofrecerle mi inutilidad. No es esto decir que usía hiciera mal en haber pensado en mi ministerio antes de ahora, porque al fin, todos somos mortales, y cuando el hombre tiene arreglados sus negocios...—

El severo velador del conde habia guardado silencio durante esta corta escena, y como sorprendido de la audacia del mayordomo, y penetrado de la misma idea terrible que habia asaltado al conde; sin embargo, no dejó de reconocer que en el estado en que este se hallaba, acaso aquel paso tenia mas de prudente que de audaz, por lo cual trató de poner en la balanza todo su influjo para inclinar al conde á someterse á aquel terrible deber.

No tardó este en ceder á los consejos de la amistad y á lo crítico de los momentos, y significando por señas su resignacion, dió orden al mayordomo de que abriese cierto bufete, donde hallaria un pliego cerrado que contenia su última voluntad, el cual formalizase con todas las cláusulas necesarias, y él lo firmaria despues.—« Pero por Dios (añadió), que nadie se

entere de mis secretos hasta despues de mi muerte; este amigo (dirigiéndose al incógnito), el mayordomo y el ayuda de cámara, pueden ser los únicos testigos, y les reclamo la observancia de mi encargo.»

IV.

LA SUCESION.

Aquellas tres cortesías del escribano y del mayordomo á la hermana del conde, habian tambien hecho variar el espectáculo del retirado gabinete del jardín. Los amables interlocutores que en él se reunian, arrancados á sus ilusiones por la escena del último amago de la muerte, empezaban á creer de veras su posibilidad, y á calcular las consecuencias naturales en aquella casa. La próxima viuda, sin tanto aparato de desmayos, empezaba ya á manifestar una verdadera inquietud, en tanto que por un movimiento eléctrico los vaporosos ataques habianse inculado en la persona de la hermana, para quien las ya dichas cortesías del mayordomo y escribano acababan de darla á sospechar un magnífico porvenir.

Los cuidados de todos los circunstantes se convirtieron, como era de esperar, hácia el nuevo peligro, hácia la nuevamente acometida; y á pesar de que los visajes de su feo rostro, fuertemente contraido en todas direcciones, pusieran espanto al hombre mas audaz y denodado, y por mas que formase un admirable contraste la sentimental y ya verdadera tristeza de la hermosa faz de la condesita, veíase esta sola, por una de las anomalías tan frecuentes en este pícaro mundo, al paso que todos se apresuraban á reunirse en grupo auxiliador en derredor de la presunta heredera... ¡ Oh leyes! ¡ oh costumbres!...

Al frente de todos aquellos celosos servidores distinguíase el mismo jóven militar favorito de la condesa, que poco antes no parecia existir sino para ella, y ahora olvidando sus gracias, y cerrando los ojos sobre la triste figura de la cuñada, se apresuraba á sostener á esta, á consolarla, y yacia arrodillado á sus pies, estrechando su mano y aparentando toda la desesperacion de un romántico dolor... La convulsa heredera, sensible sin duda á esta súbita expresion de un género tan nuevo para ella, hizo un paréntesis á su terrible accidente; entreabrió sus cerrados párpados, dirigió sus hundidas pupilas al amable interpelante, y con un gesto inesplicable en que se retrataba la caricatura del dolor, correspondió con un suspiro á otro suspiro, y abandonó su mano á los lábios del jóven triunfador; este entonces, alzando la osada frente en señal de su próxima apoteosis, paseó sus miradas por todos los circunstantes con una sonrisa de desden; pero al llegar á fijarlas en los hermosos ojos de la futura viuda, no pudo menos de bajar los suyos entre dudoso y turbado.

En este momento la puerta del gabinete se abre.— El escribano, el mayordomo y el ayuda de cámara se presentan, siguiendo al amigo incógnito. Este, procurando contener su conmocion, manifiesta á los circunstantes que su amigo el conde habia dejado de existir... Todos se agrupan en torno de la nueva condesa... El escribano lee entonces el testamento, y la decoracion vuelve á cambiar... El conde declara en él tener un heredero natural, habido en una de sus varias escursiones amorosas antes de contraer su matrimonio; pedia perdón á su esposa por este secreto, y la encargaba la tutela y direccion de su legítimo heredero; en cuanto á su hermana, la dejaba pasar tranquilamente á ocupar un vástago lateral en el tronco genealógico.

De esta manera nacieron, se manifestaron y desaparecieron como el humo tantas esperanzas y quiméricos proyectos; y la luz matinal, que ya empezaba á iluminar aquella estancia, vino á poner de manifiesto el desengaño de aquellos desengañados semblantes;